

INVESTIGACIONES

Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural



PLURIACTIVIDAD CAMPESINA EN TIERRAS ALTAS

“Con un solo trabajo no hay caso de vivir”

Miguel Urioste



FORO
ANDINO
AMAZÓNICO
DE DESARROLLO
RURAL

INVESTIGACIONES
Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural

PLURIACTIVIDAD CAMPESINA EN TIERRAS ALTAS
“Con un solo trabajo no hay caso de vivir”

Miguel Urioste



La Paz, septiembre de 2017

Investigaciones del Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural: Pluriactividad campesina en tierras altas. “Con un solo trabajo no hay caso de vivir” / Miguel Urioste.- La Paz: Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural, 2017.

108 p.; 5 cuadros, 2 mapas; 21 x 16 cm.

D.L.: 4-1-2436-17

ISBN: 978-99974-966-1-4

/Pluriactividad / Migración /Crisis / Marginalidad
/ Ciudades intermedias / Población rural / Comunidades / Agricultura
/ Sistema productivo / Campesino / Campo-ciudad

D.R. © 2017 Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural
Casilla 5484, La Paz, Bolivia
Teléfono: (591-2) 2910797 – Fax (591-2) 2910796
Calle Claudio Peñaranda N° 2706, esquina Vincenti, Sopocachi
Página web: www.foroandinoamazonico.org

Edición y diagramación: Fundación TIERRA
Fotografías: Fundación TIERRA y Huellaminera.com
Producción: Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural

La Paz, septiembre de 2017
Impreso en Bolivia

ÍNDICE GENERAL

Presentación	5
Agradecimientos	7
Introducción	9
1. La relevancia de la pluriactividad campesina	15
1.1 El escenario reciente	15
1.2 La pluriactividad campesina.....	17
1.3 Crisis y marginalidad campesina	21
1.4 Pluriactividad como integración flexible.....	22
2. Población rural y sus nexos con la urbanización	25
2.1 Población urbana según ciudades, ciudades intermedias y centros poblados	25
2.2 Ruralidad según departamentos	27
2.3 Tendencia de crecimiento poblacional	29
2.4 Población rural por grandes regiones	32
2.5 Migración rural-rural.....	35
3. Análisis e interpretación de información cualitativa: grupos focales e historias de vida.....	39
3.1 Introducción	39
3.2 Características de las comunidades objeto de estudio	43
3.3 Dinámicas económicas actuales en las comunidades	44
3.4 Estructura económica y ocupacional.....	52
3.5 Transformaciones en el sistema productivo local.....	57
3.6 El caso de Parajrani en el Norte de Potosí: riego, manejo de suelos y agricultura a tiempo completo	64
3.7 Percepciones sobre la pluriactividad como negación del concepto de campesino.....	67
4. Balance y Conclusiones	73
4.1 Quiénes son los campesinos pluriactivos	74

4.2 Integración campo-ciudad sin integración económica.....	78
4.3 Comunidad campesina: seguro de migración para los jóvenes y refugio para los adultos mayores.....	80
4.4 Conclusión	82
5. Anexos	85
Historias de Vida I.....	85
Historias de Vida II.....	93
Bibliografía	101

PRESENTACIÓN

Esta investigación forma parte de la colección de Cuadernos de Investigación del Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural (FAA). Estos estudios apoyan la realización de distintas actividades del Foro: diálogos y debates democráticos y plurales, propuestas de políticas públicas y trabajos de incidencia para el desarrollo rural.

La presente investigación aborda un tema recurrente y que en el contexto actual retorna con más fuerza: la pluriactividad campesina. Es la historia de la población rural que no encuentra en la agricultura una fuente estable de ingresos y está obligada a emplearse en otros sectores económicos y a menudo de forma precaria. Las estrategias campesinas incluyen inserciones laborales en economías urbanas. Son historias de familias de agricultores que están obligadas a conectarse con los centros urbanos, pero sin abandonar de todo su relación económica y social con el campo.

El abordaje está delimitado a las comunidades andinas. Tiene la cualidad de ofrecer un balance muy bien logrado entre el análisis a partir de la revisión bibliográfica y la valoración cuidadosa de información primaria recogida en terreno a partir de grupos focales, entrevistas e historias de vida. El desafío pendiente es completar esta lectura con estudios sobre las comunidades indígenas y campesinas de las tierras bajas.

Esperamos que este trabajo expanda y renueve los debates actuales sobre las poblaciones rurales, los procesos de descampesinización y recampesinización y sobre la fragilidad de la economía de los más pobres de Bolivia.

Gonzalo Colque
Fundación TIERRA

AGRADECIMIENTOS

Este es un trabajo colectivo desde su inicio hasta el final. En Fundación TIERRA estamos aprendiendo cada vez más a trabajar en equipo y a escribir a varias manos, esa tarea no es fácil. Requiere mucho compromiso institucional y largas jornadas de discusiones, aunque claro, al final alguien acaba asumiendo la responsabilidad por el texto que llega a los lectores. Esta vez me ha tocado a mí. Las historias de vida son de autoría exclusiva de Rubén Martínez y Wilfredo Plata aunque fueron previamente planificadas por el equipo. La preparación de las guías de entrevistas para los grupos focales, la selección de los participantes en cada grupo fueron tareas encargadas a las regionales de Fundación TIERRA en el Altiplano y en los Valles. De esa manera Efraín Tinta, Juan Tomás Huanca, Roger Choque (altiplano) y Carmen Gonzales (valles) realizaron esa tarea crucial y elaboraron informes escritos de cada uno. La lectura y contrastación de esos informes del trabajo de campo, así como el debate entre nosotros en las oficinas de Fundación TIERRA en La Paz permitió aclarar conceptos, puntos de vista, interpretaciones y hacer algunas generalizaciones. A mí me tocó entrevistar a Patricia Morales directora de Sartawi quien además tuvo la gentileza de facilitarme un informe de evaluación externa del impacto de su trabajo de riego y manejo de suelos, citado en la bibliografía. Gonzalo Colque revisó todo el documento, aportó con muchas ideas novedosas y le bajó el tono a algunas afirmaciones muy atrevidas, especialmente en las conclusiones. Con Floriana Soria Galvarro, nuestra editora desde hace tantos años, trabajamos y discutimos no solo aspectos de forma sino que mejoramos varias ideas, las redondeamos, y le dimos mayor fluidez al texto que usted tiene en sus manos. Sabemos que el contenido de este trabajo es polémico y que –especialmente quienes trabajan en los andes bolivianos con proyectos productivos– sentirán un escozor de frustración porque las cosas en el campo boliviano no van por el camino que –desde algunos liderazgos campesinos, ONG y centros de investigación– habíamos imaginado y seguimos buscado desde hace tantos años.

Miguel Urioste

INTRODUCCIÓN

Las comunidades campesinas y/o indígenas de la región andina han recibido muchísima atención de parte de los estudiosos y ruralistas, quienes han documentado ampliamente sus modos de vida, estrategias económicas y especialmente sus formas comunitarias de organización social (Zoomers 1998; Schulte 1999; Spedding y Llanos 1999; Urioste, Barragán y Colque 2007). Principalmente la antropología y los estudios etnográficos se han ocupado minuciosamente de las distintas facetas relativas a las dinámicas internas de las comunidades campesinas, desde el funcionamiento de la unidad productiva familiar hasta la vida en comunidad para la autogeneración de bienes y servicios de carácter público ante la ausencia del Estado o para la lucha y resistencia comunal ante agresiones externas. Casi todos estos estudios ratifican de distintas maneras la concepción chayanoviana del campesinado en el sentido de que tiene una lógica diferente a la del capitalismo al ser unidades parcialmente conectadas al mercado y sin separación de medios de producción y trabajo, por tanto sin formas de explotación y diferenciación económica. Adicionalmente, los trabajos sobre los campesinos andinos han enfatizado y destacado el carácter solidario y recíproco de las relaciones económicas y sociales entre familias y en el entorno de la comunidad.

Si bien estas contribuciones clásicas han tenido un enorme impacto no sólo para entender la vida rural andina o por llamar la atención sobre la fragilidad, marginalidad y exclusión de las familias y comunidades campesinas, también han creado, de forma directa o indirecta, una imagen de este sector poblacional como encapsulado en su propio mundo y casi impermeable a la expansión de las lógicas de mercado. Aunque es posible encontrar varios estudios pioneros sobre la relación del mundo campesino con la sociedad urbana y capitalista, es decir la sociedad dominante (Antequera 2011; Galindo 2011), las explicaciones sobre el campesinado en relación con su contexto mayor han sido insuficientes. En América Latina entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado se gestó un intenso debate entre los llamados “campesinistas” y “descampesinistas” sobre cuánto afecta el desarrollo ca-

pitalista a los campesinos, pero a inicios de los noventa el debate se diluyó y fue abandonado con la llegada de la doctrina neoliberal como la nueva narrativa dominante (para una mayor revisión ver Kay 2009; Chang 2009).

Sin embargo y después de dos décadas de predominio de los postulados de que el libre mercado conduce naturalmente al crecimiento económico y bienestar social, emerge con fuerza la necesidad de entender mejor los nexos del campesinado con el mundo urbano, con la economía capitalista o el capitalismo periférico de los países pobres como Bolivia. Los hechos se imponen y las evidencias sobre la mayor vinculación campo-ciudad son cada vez más difíciles de ignorar. Hoy esta relación se ha transformado profundamente y asigna nuevas reglas de juego para las familias rurales. Son transformaciones de tipo capitalista pero no significan necesariamente mercados fuertes y robustos como para absorber toda la mano de obra excedentaria que expulsa el campo. Al parecer, ha ido desarrollándose un sistema económico que ofrece más oportunidades laborales y económicas, aunque precarias, tan ‘informales’ que los campesinos no abandonan del todo la actividad agropecuaria y temporalmente se mantienen con un pie en el campo y con otro en la ciudad. Digamos que nacen y se expanden los ‘campesinos pluriactivos’ que generan ingresos no agropecuarios, generalmente a través de su vinculación con las economías urbanas que, además, hoy en día están facilitadas ampliamente por la expansión y el mejoramiento de las redes camineras, el transporte interprovincial masificado, el bilingüismo de la mayoría de los campesinos y las relaciones sociales y familiares bien establecidas con los principales centros urbanos y nuevas urbanizaciones creadas a partir de los asentamientos de campesinos migrantes.

La pluriactividad casi con seguridad no es una característica común de todo el campesinado sino más bien un fenómeno propio de los “campesinos excedentarios” que han llegado al límite de la expansión de las actividades agrícolas de sus predios, y al no tener acceso a suficientes recursos productivos, principalmente tierra productiva y mejor con acceso a riego, dejan de residir de forma permanente en sus comunidades rurales y dedican parte de sus recursos, principalmente su mano de obra, a actividades no agrícolas en un grado tal que les reportan la mayor parte de sus ingresos económicos. La pluriactividad en el pasado se consideraba como un ‘complemento’

minoritario o marginal, pero hoy, al parecer, tiene una importancia mayor entre una parte significativa de los pobladores rurales. A diferencia de los pluriactivos, los campesinos con suficientes recursos (tierra, trabajo, agua, capital y acceso a mercados) siguen siendo parte del paisaje rural dedicándose casi exclusivamente a la agricultura, la ganadería y otras actividades extra prediales menores. La pluriactividad también se asoció en el pasado como un síntoma propio del campesino vulnerable y pobre que está obligado a emplearse en distintas actividades para reunir los recursos económicos mínimos de subsistencia pero, como vamos a ver en este trabajo, existen evidencias de la consolidación de un sector importante de agricultores a tiempo parcial –pluriactivos– que económicamente están más empoderados y estables que muchos campesinos a tiempo completo.

La pluriactividad campesina es un rasgo de las familias de la generación actual. Mientras los campesinos tradicionales vivían del trabajo agrícola y pecuario y con fuertes vínculos a sistemas productivos endógenos que conectaban más intensamente las regiones agroecológicas a través del intercambio en especies, los campesinos pluriactivos de hoy están más relacionados con mercados urbanos donde predomina la economía capitalista, que a su vez requiere conocimiento de nuevos códigos como el intercambio mercantil o el uso de tecnología.

Bajo este entendido general, este trabajo pretende en una primera aproximación, valorar y destacar la importancia creciente de la pluriactividad o la agricultura a tiempo parcial en las comunidades campesinas del altiplano y valles de Bolivia. Una inquietud conexas es identificar los factores, sobre todo económicos, que dinamizan tal pluriactividad campesina. Y como un tercer propósito a título exploratorio está conocer los rasgos más visibles de este modo de vida donde los campesinos pluriactivos dejan de tener la actividad agrícola y pecuaria como el factor ordenador y que da sentido a la vida de las familias campesinas.

Para este trabajo se ha combinado información primaria y secundaria. Para la recolección de información primaria cualitativa se han realizado cuatro grupos focales, dos con informantes clave de las comunidades del altiplano paceño (Taypi Llanga de Patacamaya y dirigentes vecinales de la ciudad de

El Alto) y dos con pobladores del valle de Yotala (Chuquisaca) y Ravelo (norte de Potosí). Adicionalmente, se han documentado dos historias de vida de familias que practican la agricultura a tiempo parcial. La primera de la comunidad Taypuma Centro de la provincia Pacajes y la segunda de Escoma, provincia Camacho de La Paz. Estas historias –o trayectorias de vida– tienen “un interés focalizado en el ciclo familiar, educación, empleo, ocupaciones, etc., porque el objetivo es analizar el proceso que forma y modela una vida y los elementos que intervienen en ella así como sus modalidades” (Barragán y otros 2011, 167). Esta investigación ha sido completada con técnicas de observación participante y entrevistas informales con autoridades campesinas, familias migrantes y grupos de discusión integrados por todos los involucrados.

La información secundaria de tipo cuantitativa fue obtenida de la revisión de datos estadísticos oficiales como el censo de población y vivienda (INE 2012), el censo agropecuario (INE 2015) y marginalmente datos sobre la tenencia de la tierra y el proceso de titulación. Para la información cualitativa se acudió a la literatura sobre agricultura campesina que pone en debate temas de la “nueva ruralidad”, los cambios que emergen de las recientes relaciones intensificadas entre el campo y la ciudad y textos que desmenuzan los datos estadísticos disponibles y ofrecen interpretaciones sobre la marginalidad de la economía campesina, el crecimiento de la importación de alimentos de origen campesino (papa, hortalizas, frutas) y, por supuesto, el auge de la agricultura de materias primas agrícolas de exportación. Debemos hacer notar que no es un trabajo exhaustivo debido a su carácter exploratorio.

Cabe advertir de algunas otras limitaciones. Aunque se hablará en general de comunidades campesinas del altiplano y valles, la información primaria disponible más bien nos ofrece un acercamiento a zonas muy específicas que no son del todo representativas. Cuando se habla de altiplano estamos haciendo referencia básicamente a comunidades del altiplano paceño con un alto grado de relacionamiento con dos grandes ciudades del país: La Paz y El Alto. Esta realidad regional no tiene potencial para explicar, por ejemplo, la vida de los campesinos a tiempo parcial en Oruro o de los valles interandinos, quienes por la accidentada topografía de estas zonas, tienen grandes dificultades para conectarse con los centros urbanos. Cuando ha-

blamos de Chuquisaca y Potosí, solo tenemos como referencias directas los estudios de caso de los municipios de Yotala y Ravelo y el conocimiento en terreno de varias comunidades con las que la Fundación TIERRA trabaja en temas de desarrollo. Estos casos no explican la realidad de los campesinos del sur de Bolivia que incluso tienen sus propias complejidades y particularidades al estar conectados con migraciones transfronterizas hacia Chile y Argentina. Por lo mencionado está claro que esta delimitación espacial excluye de este trabajo la realidad de los campesinos interculturales o colonizadores asentados en las zonas de transición entre la región andina y las tierras bajas o las comunidades indígenas del oriente y norte boliviano para quienes probablemente la agricultura parcelaria nunca ha sido el elemento organizador de la vida familiar y colectiva.

Este trabajo está organizado en tres secciones y un apartado de conclusiones. La primera sección ofrece un balance y problematización introductoria sobre el crecimiento del fenómeno de la pluriactividad entre los campesinos contemporáneos que conviven con la acelerada urbanización y metropolización de las principales ciudades o centros urbanos, la modernización de la agricultura y su transnacionalización a partir de nuestro reciente papel como país proveedor de materias primas agrícolas al mercado mundial. En la segunda sección se expone el panorama general utilizando datos estadísticos de carácter demográfico, indicadores socioeconómicos y procesos de urbanización. La tercera sección expone interpretaciones basadas en la información primaria recolectada principalmente a partir de los cuatro grupos focales y talleres de discusión entre el equipo humano involucrado en este trabajo. Finalmente, la sección de conclusiones ofrece una discusión e interpretaciones retomando las preguntas o los objetivos principales planteados, además de recapitular los principales hallazgos y ofrece pistas para futuras investigaciones. En anexos se acompaña dos estudios de caso que podrían ayudar a esbozar imágenes sobre cómo se moldea ahora la vida de los campesinos pluriactivos.

1. LA RELEVANCIA DE LA PLURIACTIVIDAD CAMPESINA

1.1 El escenario reciente

El aumento visible en el flujo rural-urbano llamó una atención renovada desde los años noventa y en mucho como una reacción directa frente a los datos de censos poblacionales que mostraban un peso mayor de la población urbana frente a los habitantes rurales. El censo de población de 1992 develó que también en Bolivia se había producido un cambio irreversible: a diferencia de los reportes anteriores, la población urbana representaba el sector mayoritario con el 57,5 por ciento mientras que la rural había bajado al 42,5 por ciento. El anterior censo de 1976 reportaba una situación inversa, la población rural alcanzaba el 58,7 por ciento y el sector urbano el 41,3. Es decir, en algún momento del periodo intercensal 1976-1992 Bolivia había dejado de ser mayoritariamente rural. El principal factor de este cambio y tendencia ha sido la migración campesina hacia las periferias de las principales ciudades, un fenómeno generalizado en tiempos actuales.

En los siguientes años, las tendencias entre la población rural y urbana se mantuvieron divergentes. El censo de 2012 mostró una población urbana de 67,3 por ciento y el restante 32,7 por ciento constituía la población rural. Sin embargo, estos cambios porcentuales no implican decrecimiento en términos absolutos de la población rural. El mundo rural sigue creciendo en número de habitantes, comunidades campesinas, nuevos asentamientos en zonas de transición entre tierras altas y tierras bajas y en número de unidades productivas agropecuarias (UPA). También existe coincidencia entre varios ruralistas que estas cifras no capturan la situación de un grupo poblacional importante que se mueve espacialmente con mayor agilidad y dinamismo entre el mundo rural y urbano.

Mucho antes del último censo de 2012 ya habían preocupaciones sobre cómo se podría capturar en datos la situación de este grupo poblacional

que no se caracteriza por establecerse en un lugar de forma permanente. El antropólogo Xavier Albó, quien jugó un rol influyente como parte de los grupos consultivos del Instituto Nacional de Estadística (INE) para documentar la realidad rural e indígena, planteaba la necesidad de introducir cambios técnicos en las fichas censales para identificar a la población con “doble residencia”, argumentando que es erróneo suponer que la gente, especialmente de la región andina, tiene una sola residencia habitual cuando es sabido que históricamente son sociedades con migraciones temporales entre distintos pisos ecológicos y que en la actualidad ocurre lo mismo en relación con las ciudades (Albó 2012). Con la intención de identificar que el lugar de residencia y el lugar de trabajo no coinciden necesariamente, Albó y el colectivo “La ruta del censo” plantearon al INE introducir en el capítulo de “empleo” la pregunta: ¿En qué municipio se encuentra el lugar donde usted trabaja?, con posibles respuestas como “en este municipio”, “en otro municipio” (ibíd.).

Sin embargo, la boleta censal aplicada en 2012 no introdujo este tipo de propuestas y preguntas. Un argumento técnico expuesto por el INE fue que la boleta censal debía mantener la cualidad de comparabilidad nacional e internacional. Aparte de este punto, no se conoce con certeza otras razones pero es probable que se haya pretendido evitar susceptibilidades y conflictos entre los distintos municipios debido a que una parte importante de los recursos públicos que reciben están en función del número de habitantes que viven en sus jurisdicciones territoriales¹. La ciudad de El Alto es un buen ejemplo de la pugna por población y su relación con el campo. Durante el censo de 2012, la Federación de Juntas Vecinales y las autoridades municipales de esta ciudad al notar que en los años anteriores parte de su población se trasladaba a sus comunidades campesinas de origen para registrarse en el censo de población, expresaron públicamente su preocupación y gestaron iniciativas para concientizar a los migrantes a permanecer el día del censo en El Alto. Por su parte, las diferentes organizaciones campesinas fueron denunciadas por obligar y presionar a la gente a retornar a sus lugares

1. En el año 1994 el gobierno aprobó la Ley de Participación Popular que distribuye recursos de coparticipación tributaria a los municipios según número de habitantes, lo cual ha llevado a los líderes de las comunidades rurales a promover el registro censal del mayor número de habitantes posible, presionando a todos los que están en la lista de la comunidad de afiliados a censarse en sus comunidades.

de origen para el día del censo². En muchos estatutos comunales constan disposiciones internas que obligan el registro censal en sus comunidades mediante multas y amenazas de perder el derecho propietario sobre la tierra. Tanto durante el 2012 como en el censo de 2001 los medios de comunicación informaron sobre aumentos irregulares en los viajes interprovinciales en medios de transporte público y privado. Es decir estas son algunas evidencias recientes sobre el divorcio entre la comunidad rural –considerada como el hogar, el lugar de residencia y pertenencia– y la ciudad, percibida como el espacio económico o de reproducción económica.

1.2 La pluriactividad campesina

Los fenómenos que podemos describir con el término ‘pluriactividad’ han sido incorporados en el debate actual de la “nueva ruralidad”, un concepto paraguas que busca integrar una gama amplia de temas nuevos. Kay (2009) destaca la importancia de integrar la “pluriactividad”, la “agricultura a tiempo parcial”, la “multifuncionalidad” de la agricultura y otras transformaciones recientes de carácter estructural con la expansión de los mercados nacionales y globales. Ciertamente la “nueva ruralidad” promete una comprensión sistemática pero también demandaría un análisis más profundo y exhaustivo de lo que se pretende aquí. Sabiendo de esta limitación, preferimos optar por una herramienta analítica más restringida como la “pluriactividad” que sigue teniendo actualidad y fuerza explicativa.

Por lo general por pluriactividad nos referimos a las múltiples actividades que desarrolla el campesino tanto dentro del sector agrícola como en otros sectores económicos, empleando su fuerza laboral en actividades autogestionarias o trabajando a cambio de una remuneración en economías no agrícolas. La multiplicidad de actividades implica que las relaciones con el mercado tienen lugar a través de múltiples canales y las conexiones con el mundo urbano son más complejas y dinámicas. En la literatura temprana la pluriactividad se asoció a los procesos de urbanización del campo como efecto de la expansión capitalista que trae oportunidades económicas nuevas como el turismo recreacional, la agricultura comercial intensiva en mano

² El periódico La Razón reportó sobre las disputas entre autoridades municipales de El Alto y de provincias por censar a la mayor parte de población en sus respectivas jurisdicciones (Pérez 2012; Calle 2012).

de obra o la industrialización del campo (E. Pérez 2001). Esto es válido para los países capitalistas que han alcanzado altos grados de industrialización y modernización del sector rural pero ciertamente no es el caso de los países periféricos como el nuestro. Al contrario, las mayores oportunidades de diversificación de ingresos para campesinos (pluriactivos o no) se presentan con el crecimiento acelerado de los centros urbanos.

El entorno externo que rodea a los pequeños productores ha sufrido cambios guiados por políticas de modernización y transnacionalización de los mercados. El cambio generacional desde los campesinos que lucharon por la recuperación de sus tierras con las reformas agrarias del siglo XX hasta los herederos actuales conlleva la adopción y construcción de nuevas identidades en el marco de la cambiante sociedad, economía y Estado de la que son parte. Los proyectos de modernización han estado asociados al acelerado crecimiento de las ciudades metropolitanas, principalmente a partir de la incorporación de nuevos barrios marginales poblados mayormente por trabajadores informales o vinculados a precarias economías de autoempleo. El acelerado crecimiento de las ciudades en América Latina sigue siendo una expresión concreta de la explosión demográfica de los centros urbanos como reflejo de la expulsión demográfica desde las zonas rurales pobres (Heredia 2016). Por eso y en este contexto, la pluriactividad no puede entenderse solamente como el interés de los “nuevos ruralistas” por visibilizar las múltiples actividades campesinas a modo de superar la visión tradicional de tipo campesinista, productivista y agrarista que prevaleció en los programas de desarrollo rural y de lucha contra la pobreza, sino también como la emergencia de nuevas oportunidades económicas que nacen con los procesos de modernización, urbanización y expansión de mercados urbanos que dependen crecientemente de la agricultura a gran escala que crece y se expande en determinados territorios de forma selectiva y excluyente.

Las nuevas oportunidades económicas han dado lugar a la consolidación de un grupo poblacional conocido en la región andina como “residentes”, en referencia a los migrantes del campo con residencia estable en las ciudades pero que mantienen relaciones sociales, culturales y hasta políticas con sus comunidades de origen a lo largo del tiempo, como condición para mantener sus derechos de propiedad sobre las tierras que heredaron. En general se puede decir que las relaciones de tipo residente-comuni-

dad, no revisten un carácter económico. Este grupo poblacional ha sido objeto de estudio casi a la par de su aparición después de alrededor de dos décadas de la Reforma Agraria de 1953 (Albó, Greaves y Sandoval 1981; 1982; 1983; Sandoval, Albó y Greaves 1987). El Alto es una de las ciudades representativas del crecimiento de este grupo poblacional y su involucramiento en múltiples actividades económicas. Siendo una ciudad mayormente poblada por ex campesinos migrantes, se caracteriza por una economía que genera empleos precarios. El 42 por ciento de la población es obrera o empleada y el 41,9 por ciento son trabajadores por cuenta propia (INE 2012), siendo las principales actividades económicas la construcción, transporte público, ventas al por menor, fabricación de prendas de vestir y muebles, servicios de expendio de comidas, servicio doméstico y educación secundaria (Fundempresa 2014). Es decir, existen oportunidades económicas nuevas y mayores –suficientes como para que muchos fijen su residencia en esta ciudad– pero sigue siendo una economía que genera mayormente empleos informales.

Si bien los “residentes” pueden identificarse como un grupo social diferenciado de campesinos pluriactivos a partir de criterios como que su residencia principal y estable está en la ciudad o que la agricultura es marginal como fuente de ingresos, todavía persisten algunos problemas en el análisis porque es una población que mantiene relaciones con lo rural. Los residentes que conservan nexos con sus comunidades rurales tienen distinta condición económica, pudiendo ser acomodados, medianamente acomodados o pobres. Los menos aventajados podrían estar interesados en la pluriactividad para –también– capturar algunos excedentes en el agro o simplemente producir parte de sus alimentos con el propósito de consolidar su nueva situación de migrante o “residente”; mientras que otros, los acomodados, cuando van a sus comunidades de origen probablemente privilegiarán actividades sociales, culturales, visitas recreacionales y otras similares (Spedding y Llanos 1999; Urioste, Barragán y Colque 2007). De cualquier manera, la pluriactividad de los “residentes” aparece como una expresión diferenciada de la pluriactividad de los campesinos, principalmente por sus orientaciones o los fines que tienen.

Entonces, asumiendo que la pluriactividad está presente en algún grado de intensidad entre la población dedicada al agro parcial o totalmente, será

útil ensayar una clasificación según los propósitos que persiguen quienes practican la pluriactividad.

La pluriactividad se puede categorizar en tres: i) la orientada a salvaguardar la unidad productiva agropecuaria, ii) la orientada a la sobrevivencia y iii) la realizada con propósitos de consolidación de la migración campo-ciudad, es decir el tránsito paulatino y progresivo del campo hacia la ciudad. La primera posibilidad está asociada a las prácticas tradicionales de migraciones temporales hacia los distintos pisos ecológicos y a las ciudades para generar ingresos que permitan sostener la vida en el campo. En estos casos, la familia campesina diversifica sus fuentes de ingresos con el propósito de sostener y consolidar la agricultura como su principal medio de vida. Aquí caben también los campesinos que en épocas de baja actividad agrícola se dedican a trabajos temporales, principalmente como mano de obra eventual. Los ingresos obtenidos son reinvertidos en el campo, en la educación de los hijos o para proveerse de los medios básicos de subsistencia.

Por otro lado, en la pluriactividad de sobrevivencia se encuentran campesinos que se involucran en diversas actividades sin que puedan superar su situación de alta fragilidad y vulnerabilidad, sin una fuente de ingreso estable y sin fuertes vínculos con la agricultura. Generalmente son campesinos que no han logrado acceder a controlar unidades productivas viables en términos de disponibilidad de tierra productiva y de un solar campesino propio que tenga acceso más o menos estable a los mercados de bienes y servicios. Con frecuencia los jóvenes rurales sin tierras no logran desvincularse del hogar rural para formar uno propio y tampoco tienen medios suficientes para mantener una residencia estable en las ciudades. Si bien puede ser un punto de transición temporal para muchos, como fenómeno social es una constante en el tiempo.

Finalmente, los campesinos orientados a la consolidación de la migración campo-ciudad (aquí caben los “residentes”) usan los ingresos agrícolas para incrementar sus oportunidades económicas no agrícolas como parte de un proceso de acumulación económica de carácter primario. Los campesinos que obtienen importantes excedentes económicos en unidades agropecuarias con alta productividad tienden a invertir la renta agraria en actividades que garanticen su futuro en los centros urbanos. A menudo esta práctica es

parte de una estrategia intergeneracional donde los padres invierten en la creación de condiciones materiales fundamentales (vivienda urbana, gastos de manutención, educación) para la ulterior migración definitiva de los hijos.

1.3 Crisis y marginalidad campesina

Uno de los cambios de alto impacto sobre el campesinado ha sido la rápida expansión del sistema agroalimentario de tipo corporativo. La transnacionalización de los mercados de alimentos –que también afecta a Bolivia aunque en menor medida que a otros países de la región– ha facilitado el auge del negocio agroalimentario controlado por grandes corporaciones y capitales. La creciente globalización implica necesariamente mayor mercantilización de sistemas alimentarios, espacios y sociedades que no estaban incorporados a la misma (Teubal 2001). La integración global implica también la reproducción de patrones de producción y consumo estandarizados. Pero tratándose de un proceso expansivo buscador de ganancias, es también selectivo, discriminador y excluyente de regiones y poblaciones que no son de interés económico.

Debido a la baja productividad agrícola, las tierras de las comunidades campesinas e indígenas de la región andina –excluyendo fenómenos concretos como el boom de la quinua–, no han llamado la atención de los acaparadores de tierras o de los productores de materias primas agrícolas de exportación. La Reforma Agraria de 1953, la persistencia de la comunidad como forma de organización social y reguladora y la fuerte identidad indígena quechua y aymara y otros factores evitaron que las tierras comunales sean objeto de interés de grandes inversores dispuestos a levantar unidades productivas empresariales capaces de generar un proceso de proletarización rural. Este no ha sido el caso en las tierras bajas, particularmente en Santa Cruz donde el boom de la soya se ha traducido en el establecimiento de modelos de agronegocio intensivos en capital, a gran escala y conectados a los mercados y capitales transnacionales³. Estos negocios no solo producen para la exportación sino que también controlan el mercado interno de

³ Hay que destacar que un factor de contrapeso ha sido la titulación de los territorios indígenas (TCO o TIOC) en las últimas dos décadas. De alguna manera estos territorios constituyen un freno a la expansión indiscriminada de la frontera agrícola soyera.

alimentos que además de potenciar su poderío económico, genera réditos políticos muy bien utilizados a la hora de negociaciones con los gobiernos.

La falta de interés por la mercantilización de las tierras de los campesinos andinos no se debe a la resistencia contra el despojo de parte de los terratenientes sino simplemente al hecho de que las tierras que cultivan y utilizan para la actividad agropecuaria son tierras marginales y extremadamente parceladas. Las limitaciones físicas son tan significativas que el total de tierras cultivadas a pequeña escala por los campesinos bordea un millón de hectáreas controladas por 774.550 unidades productivas agropecuarias (el 88,7 por ciento de UPA de la región andina controla el 38 por ciento de tierras cultivadas en Bolivia) (Colque, Urioste y Eyzaguirre, *Marginalización de la agricultura campesina e indígena. Dinámicas locales, seguridad y soberanía alimentaria* 2015). Es decir estamos frente a unidades productivas constituidas por menos de dos hectáreas de tierra cultivada. La geografía accidentada de los valles interandinos así como la poca accesibilidad al riego establece grandes limitaciones para escalar la producción agrícola, principalmente por la imposibilidad de mecanizar el agro o las tierras de cultivo instaladas y fragmentadas en miles de terrazas (Pacheco y Valda 2003).

Además es sabido que el campesino andino está perdiendo control sobre los productos de origen campesino como la papa, el maíz, las frutas y otros que también son producidos por agricultores capitalistas bolivianos de otras regiones y de los países vecinos. La ganadería (vacuna, camélida, ovina) ha jugado un papel económico importante para el campesinado y su relación con los mercados pero su importancia también queda eclipsada por el pujante desarrollo de la ganadería a gran escala de las tierras bajas del oriente y la expansión del mercado de carne de pollo y cerdos. Los cambios importantes en los patrones de producción dentro de la agricultura capitalista del oriente boliviano han menguado el papel económico de los pequeños agricultores tradicionales de valles y altiplano.

1.4 Pluriactividad como integración flexible

La relevancia de la pluriactividad en el contexto de cambios dirigidos por la urbanización y políticas de liberalización de mercados de las últimas dé-

cadras se explica por sí misma y conlleva un proceso de reestructuración de las relaciones campo y ciudad que no son unidireccionales ni de absorción constante de la mano de obra excedentaria. La integración de los campesinos al mercado laboral no agrícola no ocurre según las tesis de modernización e industrialización (Reis y otros 1990). Una característica cada vez más visible es la “fragmentación” de las relaciones de trabajo como el signo dominante y que se traduce en el crecimiento del mercado laboral de tipo “informal”, es decir sin los contratos y protección de derechos reconocidos en las leyes de trabajo. La pluriactividad construye patrones de crecimiento económico y ocupación espacial que difieren de los modelos ‘fordistas’ del sistema capitalista temprano de fines del siglo XIX que se caracterizan por la especialización, alto grado de división del trabajo, división de la vida laboral y familiar en términos espaciales y temporales (Lipietz 1992 [1985]).

La flexibilización del mercado laboral introduce un cambio cualitativo en la manera en que las sociedades se forman y estructuran. La emergencia de las ciudades intermedias en regiones de alta densidad campesina tiene directa relación con procesos de integración flexible y nuevas formas de estratificación social. Existe una significativa literatura que pone en cuestión la dicotomía urbano-rural y su incapacidad de explicar de forma integral las complejas interacciones entre dos espacios y sociedades tradicionalmente consideradas como mundos separados (Leyva Muñoz 2007; Mancilla s.f.). Si bien la corriente enfatiza en la necesidad de eliminar el enfoque dicotómico urbano-rural porque ya no es adecuado para entender los procesos en curso, los enfoques alternativos como la “nueva ruralidad” están siendo retomados lentamente en el debate y están todavía en progreso.

La reconfiguración espacial guiada por la integración flexible ha sido estudiada en otras latitudes como la formación de economías locales relativamente autónomas de las ciudades modernizadas e industrializadas (Reis y otros 1990)⁴. En cambio, en Bolivia y en América Latina en general un hecho histórico y rasgo particular es la urbanización y formación de grandes y pocas ciudades que concentran fácilmente más de la mitad de la población.

⁴ Reis y otros (1990) estudian el caso de Portugal como una “semiperiférica” donde si bien la pluriactividad agrícola es claramente ‘rural’ en sus orígenes, contribuye a un proceso de cambio más amplio que transforma su propia naturaleza y desdibuja sus fronteras originales entre el campo y la ciudad.

Lima, México DF, Bogotá, Caracas, Buenos Aires, San Pablo y Río de Janeiro son casos representativos. Al parecer en Bolivia esta tendencia se reproduce y se traduce en la formación de cuatro grandes áreas metropolitanas: Santa Cruz, Cochabamba, La Paz y El Alto (PNUD 2016). Es decir, se podría plantear con ciertos recaudos que la reconfiguración espacial en curso tiende a consolidar la metropolización del eje central, en desmedro de otras regiones. Ciertamente, las llamadas ciudades intermedias son parte del nuevo paisaje rural y están fundadas sobre la base de mercados laborales flexibles e informales. Más adelante revisaremos algunas cifras sobre el comportamiento estadístico de las urbanizaciones digamos de segundo grado. Otro cambio espacial poco estudiado es el nucleamiento de comunidades que con la municipalización y descentralización de 1994 aparece como un fenómeno importante que revitaliza centros poblados menores principalmente en capitales de provincias y municipios.

Hasta aquí hemos revisado y problematizado someramente lo que se entiende por pluriactividad. Este marco general se utilizará de referencia para abordar específicamente el caso de los campesinos pluriactivos de la región andina de Bolivia. Volveremos a algunos puntos planteados hasta aquí a lo largo de las siguientes secciones y principalmente en la parte final de balance y conclusiones.

2. POBLACIÓN RURAL Y SUS NEXOS CON LA URBANIZACIÓN

Esta sección brinda un panorama general sobre la población rural en términos demográficos y con énfasis en la región andina. Se utilizan datos estadísticos sobre los cambios demográficos, indicadores socioeconómicos y procesos de urbanización.

2.1 Población urbana según ciudades, ciudades intermedias y centros poblados

La definición técnica de población urbana –según el INE– es toda la población censada en localidades con 2.000 y más habitantes. Por tanto se entiende que la población rural se encuentra en localidades con menor concentración poblacional que la señalada. Un problema latente con esta clasificación es que las localidades no corresponden exactamente a una unidad política administrativa menor sino más bien son espacios territoriales auto identificados por la población según sus propias lógicas de división territorial: comunidades, marcas, ayllus, colonias, subcentrales, entre otros.

Aunque en otros países de América Latina como Chile o Argentina también se utiliza este criterio de 2.000 personas, existen otras formas de clasificación calificando y demarcando las unidades territoriales como urbanas o rurales, según ocupación económica de la población o una combinación de ambas. En nuestro país avanzar en este sentido resulta complicado por la indefinición de las divisiones políticas administrativas a nivel sub-municipal, específicamente porque la Constitución Política del Estado (2009) la establece como atribución autónoma de los gobiernos regionales. Las antiguas divisiones subseccionales como el “cantón” han sido eliminadas con la nueva CPE.

En Bolivia, según los lineamientos metodológicos para la formulación de planes de gestión territorial del Ministerio de Planificación, la categorización de los centros poblados está definida según muestra el Cuadro 1.

Cuadro 1
Categorización y descripción de centros poblados

Detalle	Descripción
Regiones metropolitanas	Conurbación mayor a 500.000 habitantes
Ciudades capitales de departamento	No tiene rango de población
Ciudades principales	De 50.001 a 500.000 habitantes
Ciudades mayores	De 15.001 a 50.000 habitantes
Ciudades menores	De 5.001 a 15.000 habitantes
Centros poblados con predominancia en servicios básicos	De 2.000 a 5.000 habitantes con 60% o más de sus viviendas con servicios básicos
Centros poblados sin predominancia en servicios básicos	De 2.000 a 5.000 habitantes con menos del 60% de sus viviendas con servicios básicos
Poblados rurales	Menores a 2.000 habitantes

Fuente: Ministerio de Planificación del Desarrollo 2016.

Los datos del censo de 2012 a nivel Bolivia muestran que las ciudades concentran el 79,5 por ciento de población urbana, las ciudades intermedias el 14,9 por ciento y los centros poblados solo 5,6 por ciento. Estos datos exponen la importancia de primer orden de las ciudades por encima de las ciudades intermedias (como Patacamaya o Achacachi) y de centros poblados que generalmente son pueblos coincidentes con las capitales de los gobiernos municipales.

Las ciudades distribuidas en 18 grandes localidades en realidad están concentradas a lo largo del “eje troncal” que conecta las ciudades de Santa Cruz, Cochabamba y La Paz. El crecimiento poblacional en esta franja nacional es también caracterizado como la metropolización y urbanización rápida de los últimos años y décadas (PNUD 2016). Es llamativo el dato de 75 localidades identificadas como ciudades intermedias, muchos de estos poblados coinciden con las capitales de los municipios grandes o con alta población.

Además de los centros poblados contabilizados por el INE, están otras 123 localidades que más bien son pequeños centros en procesos de consolidación y organizados con juntas de vecinos, OTBs, comunidades nucleadas, servicios e infraestructura urbana.

Para completar este panorama general, según el censo de 2012 la población urbana concentra a 3.235.746 habitantes en localidades dispersas con población también dispersa y por debajo de los 2.000 habitantes que divide lo urbano y rural. En términos de localidades la población rural está dispersa en 19.203 localidades representando el 32,16 por ciento de la población boliviana. En términos de ocupación espacial de la geografía boliviana, la población rural ocupa la mayor parte del territorio nacional. Esto significa que la tercera parte de la población boliviana tiene un mayor vínculo social, económico y político con la mayor parte del territorio nacional. Esta ocupación del espacio también es compartida en alguna medida con las ciudades intermedias y centros poblados.

2.2 Ruralidad según departamentos

Si bien los datos globales indican que solo tres de cada diez bolivianos viven en áreas rurales, la concentración urbana no es un fenómeno uniforme entre los nueve departamentos de Bolivia. Los datos del cuadro 2 (ver siguiente página) develan que tres departamentos todavía son mayoritariamente rurales: Potosí (59 por ciento), Chuquisaca (51 por ciento) y Pando (51 por ciento). Los dos últimos prácticamente están a punto de sobrepasar el punto de quiebre y probablemente así quedará confirmado en el siguiente censo.

Potosí es el departamento con mayor población entre los tres. En términos absolutos, su población rural asciende a 491.681 habitantes sobrepasando a Chuquisaca (298.224) y Pando (56.605). Como era de esperar, este fenómeno de alta ruralidad se presenta en regiones desconectadas del “eje central” y con participación secundaria en el PIB nacional. Después de La Paz y Cochabamba, Potosí es el tercer departamento con mayor población rural y el primero entre los departamentos fuera del eje central.

Cuadro 2
Bolivia: Porcentajes de Población Urbana - Rural empadronada, Censo 2012

Departamento	Urbana	% URB	Rural	%RUR	Total
Chuquisaca	283.123	49%	298.224	51%	581.347
La Paz	1.816.737	67%	902.607	33%	2.719.344
Cochabamba	1.204.652	68%	558.109	32%	1.762.761
Oruro	319.791	65%	174.796	35%	494.587
Potosí	336.412	41%	491.681	59%	828.093
Tarija	316.705	66%	166.813	34%	483.518
Santa Cruz	2.184.169	82%	473.593	18%	2.657.762
Beni	308.690	73%	113.318	27%	422.008
Pando	53.831	49%	56.605	51%	110.436
Total	6.824.110		3.235.746		10.059.856

Fuente: INE 2012.

Oruro es el cuatro departamento con mayor peso rural (35 por ciento) aunque en términos absolutos su población rural alcanza a 174.796 habitantes, situándose así entre los departamentos con menor población rural junto a Beni y Pando. Este departamento confirma que la alta ruralidad, entendida como mayor peso poblacional en términos relativos, se presenta en regiones o departamentos con menor población y mayormente desconectadas de las principales ciudades que concentran mayor población y un rol económico mucho mayor. Se podría decir que la alta ruralidad está asociada a regiones pobremente conectadas a los centros metropolitanos.

Contrariamente y excepto Beni, los departamentos con menor población rural en términos porcentuales son parte de los departamentos del eje central. Beni tiene 27 por ciento de población rural y está fuera del eje, sin embargo si revisamos los datos absolutos de población rural es el penúltimo departamento, es decir, Beni es altamente urbano entre los departamentos fuera

del eje central. Santa Cruz es el departamento con menor población rural (18 por ciento) aunque en términos absolutos (473.593 habitantes) se acerca a Potosí y está por encima de Pando, Beni, Tarija y Oruro.

La Paz y Cochabamba siguen siendo los departamentos con mayor población rural en términos absolutos aunque porcentualmente se ubican cerca del promedio nacional (33 por ciento y 32 por ciento respectivamente) Juntos suman 1.46 millones de habitantes, lo que representa casi la mitad de la población rural boliviana.

2.3 Tendencia de crecimiento poblacional

Los cinco censos de población (1950, 1976, 1992, 2001, 2012) ayudan a entender en el tiempo los cambios en la composición urbano-rural y la distribución de la población boliviana que según los datos del periodo intercensal 2001-2012 crece a una tasa media de 1,7 por ciento por año (urbano 2,4 por ciento y rural 0,5 por ciento).

El primer dato que destaca es que la población rural presenta tasas de crecimiento por encima de cero, lo que significa que esta población sigue creciendo en número de personas aunque su participación porcentual sobre el total tiene tendencia decreciente (ver cuadro 3). En 1950 Bolivia tenía 1.995.597 habitantes rurales, cifra que paulatinamente fue aumentando hasta 3.270.894 habitantes en 2012. Lo más llamativo se presenta en el periodo 1976-1992 cuando prácticamente el crecimiento rural es cero (18.851 habitantes que representa 0,6 por ciento). En el siguiente periodo se recupera a 1,4 por ciento y en el último periodo 2001-2012 baja a 0,5 por ciento.

La ralentización en el crecimiento rural entre 2001-2012 está influenciada por las tasas de crecimiento negativas de Chuquisaca rural (-0,4 por ciento) y Cochabamba rural (-0,6 por ciento), es decir, en estos dos departamentos la población rural es cada vez menor en términos absolutos o número de habitantes. Beni rural, Santa Cruz rural y Potosí rural muestran un crecimiento bajísimo y por debajo de la media nacional de 0,5 por ciento (0,004 por ciento, 0,2 por ciento y 0,4 por ciento, respectivamente).

Cuadro 3
Bolivia: Población Empadronada por Censo y tasa media de crecimiento anual
por período intercensal, según departamento y área, censos 1950, 1976, 1992, 2001 y 2012

Depto. y área	POBLACIÓN EMPADRONADA					TASA MEDIA DE CRECIMIENTO ANUAL			
	1950	1976	1992	2001	2012	1950- 1976	1976- 1992	1992- 2001	2001- 2012
BOLIVIA	2.704.165	4.613.419	6.420.792	8.274.325	10.059.856	2	2,1	2,7	1,7
Urbana	708.568	1.906.324	3.694.846	5.165.230	6.788.962	3,8	4,2	3,6	2,4
Rural	1.995.597	2.707.095	2.725.946	3.109.095	3.270.894	1,2	0,6	1,4	0,5
Chuquisaca	260.479	358.488	453.756	531.522	581.347	1,2	1,5	1,7	0,8
Urbana	45.861	77.515	147.401	218.126	283.123	2	4,1	4,2	2,3
Rural	214.618	280.973	306.355	313.396	298.224	1	0,6	0,2	-0,4
La Paz	854.079	1.465.370	1.900.786	2.349.885	2.719.344	2,1	1,7	2,3	1,3
Urbana	292.507	682.860	1.193.821	1.552.146	1.814.148	3,3	3,6	2,8	1,4
Rural	561.572	782.510	706.965	797.739	905.196	1,3	-0,6	1,3	1,1
Cochabamba	452.145	720.831	1.110.205	1.455.711	1.762.761	1,8	2,8	2,9	1,7
Urbana	105.486	269.824	580.188	856.409	1.200.912	3,6	4	4,2	3
Rural	346.659	451.007	530.017	599.302	561.849	1	1	1,3	-0,6
Oruro	192.356	310.409	340.114	392.451	494.587	1,8	0,6	1,5	2,1
Urbana	73.094	158.615	222.018	236.110	316.757	3	2,1	0,7	2,6
Rural	119.262	151.794	118.096	156.341	177.830	0,9	-1,6	3	1,1
Potosí	509.087	657.533	645.889	709.013	828.093	1	-0,1	1	1,4
Urbana	83.202	185.461	216.835	239.083	336.412	3,1	1	1,1	3
Rural	425.885	472.072	429.054	469.930	491.681	0,4	-0,6	1	0,4
Tarija	103.441	187.204	291.407	391.226	483.518	2,3	2,8	3,2	1,9
Urbana	24.439	72.740	159.438	247.736	314.510	4,2	5	4,8	2,1
Rural	79.002	114.464	131.969	143.490	169.008	1,4	0,9	0,9	1,5
Santa Cruz	244.658	710.724	1.364.389	2.029.471	2.657.762	4,1	4,2	4,3	2,4
Urbana	64.710	374.605	982.396	1.545.648	2.160.579	6,7	6,1	4	3
Rural	179.948	336.119	381.993	483.823	497.183	2,4	0,8	2,6	0,2
Beni	71.636	168.367	276.174	362.521	422.008	3,3	3,2	2,9	1,4
Urbana	19.269	81.054	182.748	249.152	308.690	5,5	5,2	3,3	1,9
Rural	52.367	87.313	93.426	113.369	113.318	2	0,4	2,1	-0,004

Depto. y área	POBLACIÓN EMPADRONADA					TASA MEDIA DE CRECIMIENTO ANUAL			
	1950	1976	1992	2001	2012	1950- 1976	1976- 1992	1992- 2001	2001- 2012
Pando	16.284	34.493	38.072	52.525	110.436	2,9	0,6	3,5	6,6
Urbana	-	3.650	10.001	20.820	53.831	-	6	7,9	8,5
Rural	16.284	30.843	28.071	31.705	56.605	2,5	-0,6	1,3	5,2

Fuente: INE 2012.

Por otro lado y excepto Pando, los departamentos de La Paz y Oruro muestran las tasas de crecimiento más altas cuando se trata de población rural. La Paz presenta 1,1 por ciento y Oruro también crece a la misma tasa. Aunque se requiere mayor información, se podría plantear que en el caso de La Paz un factor que explicaría este dato alto sería justamente el vínculo estrecho de una parte de la población con sus comunidades que al momento del censo se hacen registrar en sus comunidades de origen. En parte Oruro también podría presentar un comportamiento similar aunque con menor incidencia.

Pando requiere una evaluación más cuidadosa que escapa a los alcances de este trabajo. En Pando la población urbana creció a una tasa anual de 8,5 por ciento y la población rural 5,2 por ciento. Desde cualquier punto de vista, es una situación atípica que los censos reflejan desde el periodo 1992-2001 (3,5 por ciento departamental). Pando es el departamento con menor peso poblacional en Bolivia pero está alcanzando niveles cada vez más altos. En 1950 prácticamente no existen registros de población urbana, recién en 1976 registra 3.650 personas y en el 2012 alcanza a 53.831 personas. La población rural que alcanzaba en 1950 a 16.284 habitantes en el año 2012 cambia a 56.605 habitantes. Esta tendencia ascendente se presenta en los datos posteriores a 2001 cuando tenía 31.705 personas y aumenta a 56.605 personas en el año 2012, es decir el cambio es drástico.

2.4 Población rural por grandes regiones

Para fines de este trabajo hemos desagregado el territorio nacional en 5 grandes ecoregiones: altiplano, valles, amazonia, gran chaco y llanos tropicales y distribuido la población rural según esta división⁵ (Ver mapa 1).

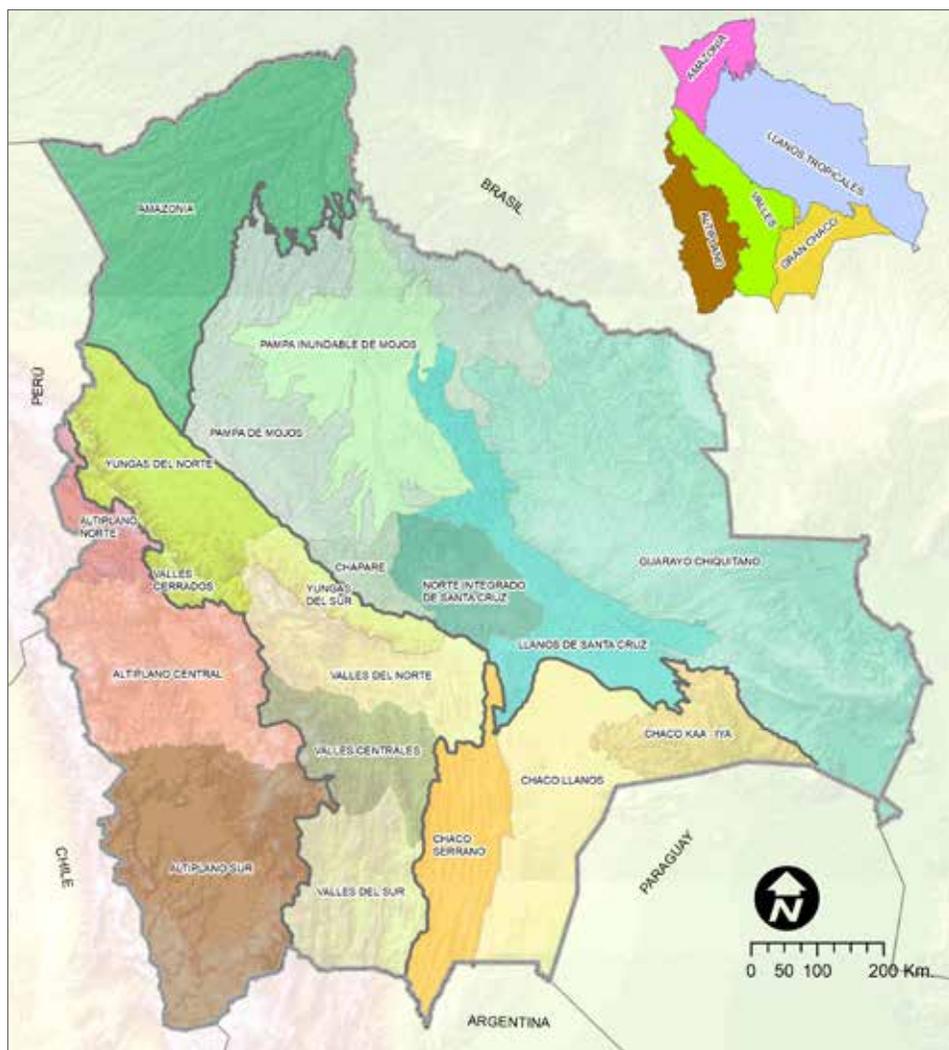
Las cinco grandes regiones en términos de extensión territorial no presentan información nueva. Se ratifica el hecho de que el altiplano ocupa el 16 por ciento del territorio nacional, valles 18 por ciento y las tierras bajas (amazonia, gran chaco y llanos tropicales) el 66 por ciento del territorio nacional. En hectáreas, el territorio nacional alcanza 109.858.100 hectáreas aproximadamente, de las cuales alrededor de tres millones serían manchas urbanas, cumbres de las montañas, lagos, lagunas, ríos y otros que se consideran fuera del alcance del proceso de saneamiento y titulación de tierra que rige en Bolivia desde 1996.

La distribución poblacional de los resultados del censo de 2012 también ratifica la imagen general de nuestra ruralidad: altiplano y valles concentra 2.384.465 habitantes, es decir el 73 por ciento de la población rural mientras que las tierras bajas (amazonia, gran chaco y llanos tropicales) está ocupada por 851.281 habitantes que representa el 27 por ciento del total rural.

En la región andina (Ver mapa 2), la ecoregión de valles concentra la mayor parte de la población, 1.614.425 habitantes que es más del doble con respecto al altiplano. Esta superioridad poblacional de los valles se presenta en una ecoregión ligeramente superior en términos de extensión territorial con respecto al altiplano. Esto significa que la densidad demográfica en valles es mucho mayor. Los valles de Cochabamba y La Paz explican en gran parte esta realidad mientras que el altiplano queda identificado principalmente con el sur del departamento de La Paz, todo el departamento de Oruro y la mayor parte de Potosí.

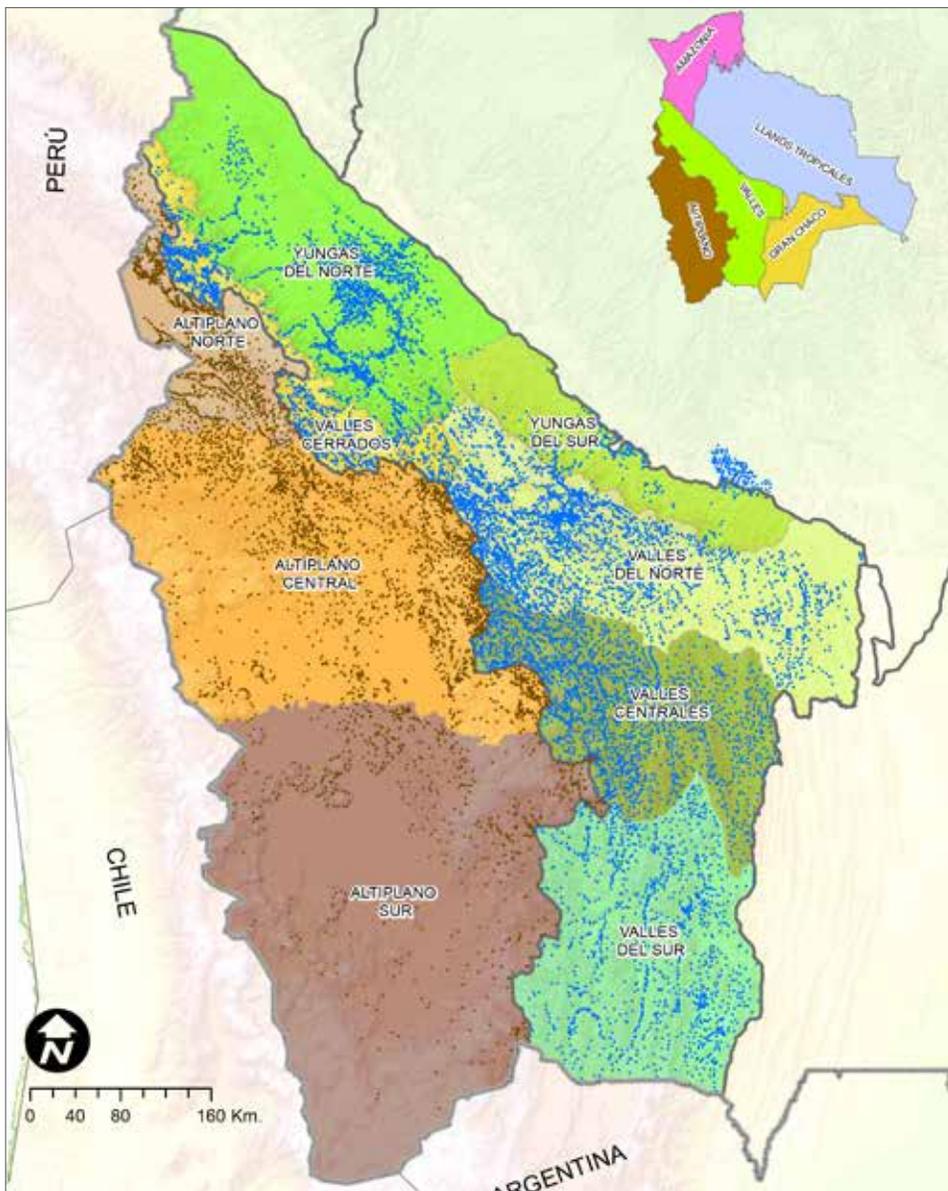
⁵ El mapa de zonas agro productivas fue elaborado por el Ministerio de Desarrollo Rural y Tierras en base a características climáticas, pisos ecológicos, fisiografía y características agrícolas y pecuarias, se divide el país en 5 regiones y a su vez éstas se subdividen en 19 zonas agro productivas; esta información contrastada espacialmente con el mapa de comunidades por Población según el censo de 2012 permite identificar la distribución de la población en cada una de las regiones.

Mapa 1
Bolivia: Zonas agro productivas



Fuente: elaboración propia en base a datos del MDRyT 2012 e INE 2012.

Mapa 2
Bolivia: Zonas agro productivas y distribución de la población rural en tierras altas



Fuente: elaboración propia en base a datos del MDRyT 2012 e INE 2012.

En las tierras bajas la subregión de los llanos tropicales concentra la mayor parte de la población: 578.213 habitantes frente a 188.671 de gran chaco y 84.217 de la amazonia. La mayor población de los llanos tropicales también coincide con la región que más extensión territorial ocupa en las tierras bajas y a nivel nacional, por tanto, no representa una mayor densidad poblacional aunque con el tiempo se presentan leves cambios.

Cuadro 4
Bolivia: Población rural por ecorregión

Región	Centros poblados rurales	Total habitantes	%
Altiplano	4.198	770.220	23,8%
Valles	9.936	1.614.425	49,9%
Llanos tropicales	3.450	578.213	17,9%
Amazonia	661	84.217	2,6%
Gran Chaco	952	188.671	5,8%
Total general	19.203	3.235.746	100,0%

Fuente: INE 2012.

En este trabajo al delimitar nuestro análisis a las tierras altas, estamos concentrándonos en los cambios que de alguna manera forman parte de esa realidad regional que sigue representando la mayor parte de la población rural y que por lo general ocupa espacios territoriales frágiles y con poca capacidad productiva. Son las comunidades tradicionales aymaras y quechuas y que también presentan cambios interregionales por el peso mayor de migraciones desde el altiplano hacia zonas más bajas y la menor movilidad espacial de las poblaciones vallunas.

2.5 Migración rural-rural

A título exploratorio, nos parece importante ofrecer algunas interpretaciones de los datos del censo de 2012 de las preguntas ¿dónde nació? y ¿dónde vivía hace cinco años? Para ello hemos desagregado las cinco grandes regiones: altiplano, valles, llanos tropicales, amazonia y gran chaco (las últimas tres categorías agrupadas en oriente o tierras bajas), todas desagregadas en

subregiones y estimado el peso de la población por cada región que nació en un lugar distinto; y que vivía en un lugar distinto hace cinco años. Nótese que este ejercicio expone una división territorial algo diferente a fin de presentar datos desde otra perspectiva, las complejidades técnicas por ahora no nos permiten asociar con un grado de confianza alto los territorios con poblaciones (el EMC es del 1,1% respecto de los datos del censo 2012). Todos los datos son válidos para población rural.

Revisando la pregunta “dónde nació” (ver cuadro 5), se nota que el oriente es la región que tiene más migrantes provenientes de otras regiones, un 39,5 por ciento del total. El altiplano es la región con menos flujo migratorio rural-rural alcanzando 13,6 por ciento mientras que valles tiene 19,8 por ciento.

En el oriente, los porcentajes de población que nació en otro lugar son altos para todas las subregiones pero es particularmente llamativo para Chapare, Pampa inundable de Mojos y Norte integrado de Santa Cruz. En Chapare prácticamente cerca de la mitad provienen de otras regiones del país (46,51 por ciento) y algo similar ocurre en las otras subregiones. Esto significa que esta región tiene importante población rural proveniente de otras regiones del país, prácticamente de las tierras altas.

En los valles, un alto porcentaje está explicado por la subregión de yungas del sur y yungas del norte, en referencia a las regiones del norte de La Paz. Son zonas con alta presencia de pobladores que nacieron en otro lugar. En el yungas del sur alcanzan a 44,32 por ciento y en yungas del norte a 36,03 por ciento. Esta región yungueña destaca de los valles interandinos clasificados también en este grupo y se constituye en la subregión de asentamientos más importantes, lo que la diferencia de las zonas vallunas con población más estable históricamente.

Cuadro 5
Población rural, zona agro productiva y lugar de origen

Región Zonas agro productivas	Población total	Población rural (depurada)	Donde nació		Dónde vivía hace 5 años	
			En otro lugar del país		En otro lugar del país	
Altiplano	770.220	769.109	104.858	13,63%	27.639	3,59%
Altiplano Central	375.878	374.767	50.361	13,44%	13.821	3,69%
Altiplano Norte	291.580	291.580	23.975	8,22%	6.654	2,28%
Altiplano Sur	102.762	102.762	30.522	29,70%	7.164	6,97%
Valles	1.614.425	1.611.540	318.972	19,79%	45.010	2,79%
Valles centrales	412.056	412.056	60.016	14,57%	15.283	3,71%
Valles cerrados	187.520	187.520	23.326	12,44%	4.711	2,51%
Valles del norte	461.728	460.709	76.937	16,70%	11.661	2,53%
Valles del sur	256.574	256.574	49.978	19,48%	5.995	2,34%
Yungas del norte	265.900	264.034	95.131	36,03%	6.012	2,28%
Yungas del sur	30.647	30.647	13.584	44,32%	1.348	4,40%
Oriente o tierras bajas						
Llanos tropicales	578.213	578.213	223.517	38,66%	17.009	2,94%
Chapare	124.296	124.296	57.808	46,51%	4.212	3,39%
Guarayo Chiquitano	95.184	95.184	28.557	30,00%	2.557	2,69%
Llanos de Santa Cruz	154.663	154.663	54.267	35,09%	3.385	2,19%
Norte Integrado de Santa Cruz	114.602	114.602	47.189	41,18%	3.618	3,16%
Pampa de Mojos	53.127	53.127	20.626	38,82%	1.768	3,33%
Pampa inundable de Mojos	36.341	36.341	15.070	41,47%	1.469	4,04%
Amazonia	84.217	84.217	41.713	49,53%	2.781	3,30%
Amazonia	84.217	84.217	41.713	49,53%	2.781	3,30%
Gran Chaco	188.671	186.821	70.552	37,76%	7.326	3,92%
Chaco Kaa - Iya	70	70	25	35,71%	1	1,43%
Chaco llanos	61.764	59.914	22.062	36,82%	1.774	2,96%
Chaco serrano	126.837	126.837	48.465	38,21%	5.551	4,38%
Total general	3.235.746	3.229.900	759.612	23,52%	99.765	3,09%

Fuente: elaboración propia en base a datos referenciales de GeoBolivia 2015; INE 2012 y Mapa de zonas agro productivas 2012 del MDRyT. ecm =1,1%

La región del altiplano presenta datos disímiles entre la norte, centro y sur. El altiplano norte es receptor de menor cantidad de migrantes pero lo llamativo es el alto porcentaje de personas que vivían en otro lugar en la subregión del altiplano sur, en este caso 29,70 por ciento. Este dato difiere sustancialmente del resto de esta región a pesar de que en términos productivos el sur más bien es menos atractivo que el altiplano norte y centro. El principal factor que explica esta alta presencia de personas que nacieron en otro lugar es la minería. Los complejos mineros más poblados e importantes como Atocha, San Cristóbal, Kolcha “K”, Porco y otros involucran a poblaciones mineras como San Vicente, Telamayú, Santa Bárbara, Vila Vila, Vinto K, y otros; todos estos centros mineros tienen significativa población que nació en otro lugar del país.

La otra pregunta de ¿dónde vivía hace cinco años? ofrece un punto de vista distinto pero complementario para identificar la migración reciente. Los datos arrojan cifras porcentuales menores con respecto a “dónde nació” por razones obvias pero las diferencias regionales mantienen el orden de importancia por regiones.

En el oriente, los que vivían en otro lugar del país alcanzan al 3 por ciento de la población rural. Es la cifra más alta entre las tres grandes regiones y se explica por los datos significativos de Pampa inundable de Mojos, Chapare y Guarayo chiquitano. Aunque porcentualmente expone cifras altas la primera subregión, en términos absolutos es la región menos poblada entre todos los que componen el oriente, por lo tanto es un fenómeno subregional específico que responde a una realidad concreta. El caso de Chapare destaca de nuevo con fuerza lo que valida la idea de que la migración rural-rural sigue alta en esta subregión. Al parecer en el norte integrado de Santa Cruz bajó la intensidad de este tipo de cambios.

En valles, los cambios más importantes siguen presentándose en los yungas, lo que significa también que la vigencia y actualidad de la migración rural-rural probablemente hacia zonas colindantes a esta subregión. Los porcentajes bajos en el caso de los valles (alrededor de 3 a 4 por ciento) también explican que no son las zonas receptoras de nuevos migrantes. El altiplano tiene similar comportamiento a los valles siendo el altiplano norte el que tiene menos gente proveniente de otro lugar (2,28 por ciento). La región del altiplano sur otra vez destaca por los factores explicados arriba.

3. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE INFORMACIÓN CUALITATIVA: GRUPOS FOCALES E HISTORIAS DE VIDA

3.1 Introducción

3.1.1 El debate sobre la nueva ruralidad

Desde hace varias décadas los estudiosos y activistas del desarrollo rural de América Latina vienen hablando de una “nueva ruralidad”, distinta a la conocida hasta fines del Siglo XX. Hasta entonces, en Bolivia los conceptos de “campesino” o de “clase campesina” obedecían de alguna manera todavía a los cánones tradicionales de los sujetos protagonistas centrales de la mítica revolución agraria en el país, la llamada “Reforma Agraria de 1953”, por dar un ejemplo. Pero esos campesinos, los que lucharon por la recuperación de sus tierras de comunidad, ya no existen más no solo porque la mayoría ya murieron de viejos, sino porque sus descendientes hijos y nietos, –mujeres y hombres– han adquirido y construido diversas identidades en el marco de la cambiante sociedad, economía y Estado de las que son parte. A la par del acelerado crecimiento de las ciudades metropolitanas, los barrios marginales y los precarios autoempleos informales, la población rural decrece en términos relativos y la población rural dedicada exclusivamente a las actividades agrícolas y pecuarias también decrece. Estos cambios demográficos y la creciente pluriactividad que desempeñan los actores rurales-urbanos tienen varias explicaciones, que analizaremos someramente en las líneas siguientes, y dejan abiertas muchas preguntas que solo el devenir de la historia se irá encargando de contestarlas.

Cristóbal Kay (2009) investiga el surgimiento del enfoque de la “nueva ruralidad” en América Latina y ofrece una extensa bibliografía que trata el tema desde diversos ángulos. Señala que el concepto de agricultura a tiempo parcial se comenzó a usar en Europa a mediados de los años sesenta del siglo

pasado, mientras que en América Latina esa noción surge de la mano del neoliberalismo 20 años después, en la segunda mitad de los años noventa. Kay señala que la FAO regional, con sede en Santiago de Chile, estudió el tema destacando el profundo cambio en el enfoque del desarrollo rural en América Latina que hasta entonces (años noventa) había estado casi exclusivamente centrado en una visión productivista y agrarista, cuando en realidad ya los hogares campesinos desempeñaban múltiples actividades de generación de ingresos. A fines del siglo pasado los nuevos enfoques del desarrollo rural ya incorporaban una gama de aspectos como la reducción de la pobreza, la sustentabilidad ambiental, la equidad de género, la revaloración del campo, su cultura y su gente, la descentralización y la participación social, superar la división rural-urbana y garantizar la viabilidad de la agricultura campesina.

Otros autores (Llambí I. y Pérez C. 2007) destacan que actualmente las comunidades rurales están altamente integradas a los mercados y que ya no operan exclusivamente dentro de una lógica de agricultura de subsistencia. Un poco más tarde Schetjman y Berdegué desde el RIMISP y con el apoyo del IDRC han venido impulsando el enfoque del “desarrollo territorial rural”, haciendo énfasis en las múltiples condiciones que permitirían constituir territorios dinámicos para la reducción de la pobreza y desigualdad (Berdegué y Schejtman 2008). En su crítica a la “nueva ruralidad”, Kay centra su análisis en cuatro aspectos, algunos de los cuales serán analizados en este ensayo: el giro a actividades rurales fuera de la granja; la creciente flexibilización y feminización del trabajo rural; el cada vez mayor número de interacciones del ámbito rural y el urbano; y la creciente importancia de la migración internacional y de las remesas de fondos. Estos cuatro cambios radicales que dan lugar a esta nueva ruralidad habrían sido el resultado de políticas públicas neoliberales, entonces dominantes en la región.

En los censos y encuestas del país, el Instituto Nacional de Estadística (INE) utiliza las sub categorías de empleo, actividad y ocupación que permiten detectar matices en torno al abanico laboral, especialmente de los trabajadores temporales informales, en este caso de las familias rurales. Lamentablemente el INE no aceptó sugerencias de varias instituciones para incluir en la boleta del censo de población y vivienda del año 2012 la categoría

de “multiresidencia”, o residencias en varios lugares al mismo tiempo, que son ahora tan características de la flotante población rural-urbana dedicada a múltiples actividades entre ellas la agropecuaria. En este ensayo veremos que para entender quienes forman parte de esta “nueva ruralidad” se emplean indistintamente denominativos que no siempre son sinónimos ni categorías conceptuales ya definidas y cerradas. Los términos de “residente”, “campesino a medio tiempo”, “multiempleo”, “pluriactividad” y otros son usados casi indistintamente por la academia para resaltar diferencias con respecto a la “agricultura familiar a tiempo completo”. Nótese que el concepto de “campesino” es también usado a veces como sinónimo de “agricultor familiar” quedando así despojado de todos los elementos sociológicos, históricos y culturales⁶.

Las particularidades o características de los agricultores familiares a medio tiempo son poco estudiadas en Bolivia a diferencia de otros países de la región donde hace décadas se reflexiona sobre el tema. Aquí analizaremos brevemente la diferenciación económica entre los “residentes” instalados en la ciudad hace años y cuyos ingresos provienen casi totalmente de actividades urbanas y los recién salidos de las comunidades que están en proceso de consolidación con una forma de vida que combina el trabajo temporal en las ciudades con la actividad agropecuaria⁷. Los primeros estarían protagonizando un conflicto de clase con los campesinos de su propia comunidad. En determinado momento, sus intereses no son complementarios, sino divergentes.

Sobre este último punto, en los grupos focales no hemos obtenido información relevante, al contrario, parece ser un tema sensible que se prefiere ocultar o que se nubla, del que especialmente los residentes no quieren hablar abiertamente. Pero se puede observar a simple vista que muchos

6 En Europa, especialmente en Francia, es notable el uso simbólico del concepto de “campesino” del que hacen gala modernas empresas familiares de agricultores súper eficientes, modernos, capitalizados, absolutamente integrados al mercado, que han adoptado todas las innovaciones tecnológicas provistas por la ciencia, además de maquinarias y equipos sofisticados que son muy rentables y que además reciben enormes subsidios a través de la Política Agrícola Común (PAC) de la Unión Europea (UE). Estos agricultores usan el término de “campesino” como un elemento de cohesión y de reivindicación corporativa ante el Estado y sus políticas públicas. No nos estamos refiriendo a los movimientos europeos de agricultores ecologistas de productos naturales.

7 Sin embargo, no tenemos como diferenciarlos estadísticamente, salvo quizás por sus niveles de ingresos, que en este ensayo no hemos siquiera pretendido hacerlo por su carácter exploratorio.

residentes instalados lograron niveles de bienestar por encima de la media e incluso tienen un grado de acumulación de excedentes que les permite ostentar su nuevo estatus especialmente en prestes y fiestas⁸.

3.1.2 La relación conflictiva entre migrantes y tierra

El año 1984 la CSUTCB incorporó como nuevo paradigma de su propuesta de Ley Agraria Fundamental (LAF) el principio rector de que la propiedad de la tierra ya no debía ser del que la trabaja (por encargo), sino “del que la trabaja personalmente”. Este énfasis de hace más de tres décadas en parte expresa las nuevas tendencias y transformaciones en el agro que ya vislumbraban los líderes campesinos-indígenas y grupos de intelectuales activistas que apoyaban a la CSUTCB a la cabeza de Jenaro Flores. Las elevadas tasas de migración campo-ciudad, el abandono temporal o permanente de las tierras de comunidad obtenidas a mediados de los años cincuenta por medio de movilizaciones, pero, lo que es más importante, el surgimiento de la figura del “residente”, es decir del campesino o ex campesino que manteniendo sus derechos sobre la tierra –privados o comunales– también pasaba una parte de su tiempo en la naciente ciudad de El Alto o de otras ciudades capitales en búsqueda de trabajos temporales urbanos para completar sus escasos ingresos agropecuarios.

Es verdad también que el proyecto de LAF cuando hacía referencia al “trabajo personal” estaba igualmente haciendo alusión al oriente y al acelerado proceso de asalarización capitalista de la agricultura “moderna”. De alguna manera este proyecto de ley quería frenar el desarrollo capitalista y el latifundismo en el agro cruceño y oriental. El proyecto de LAF –entregado por la CSUTCB formalmente al presidente Hernán Siles Suazo el 2 de agosto de 1984– naufragó junto con el acortamiento de mandato del gobierno de Siles, y no fue rescatado por la dirigencia campesina⁹. El Plan nacional de desarrollo de 2006, aprobado por el gobierno del MAS, abría la posibilidad

8 Sobre el tema de los residentes ver el excelente trabajo de Madrid Lara (1998).

9 En cambio, los pueblos indígenas organizados en la CIDOB años más tarde lograron introducir sus demandas en el corazón de la ley INRA que el año 1996 acabó reconociéndoles el derecho a la propiedad colectiva a los territorios indígenas o TCO, especialmente en las tierras bajas, territorios indígenas que de alguna manera frenaron los procesos de expulsión campo ciudad en las regiones del Oriente.

de transferencias forzosas de tierras de residentes mediante la reversión y a favor de la propiedad colectiva de las comunidades, beneficiando así con más tierras a los comunarios que se quedaban de manera estable en el campo (Ministerio de Planificación del Desarrollo 2006: 135. Sin embargo, a los pocos meses, cuando el MAS tomó el poder a fines del año 2005, en los documentos oficiales desaparece toda referencia al tema seguramente debido a los potencialmente graves conflictos de derechos de propiedad que surgirían entre sus militantes y el gobierno.

En todo caso, algunos piensan que esta –la agricultura a tiempo parcial– es la nueva condición de “normalidad” que en adelante y por mucho tiempo desempeñan y continuarán desempeñando los agricultores familiares campesinos. Esta “normalidad” no habría sido buscada ni deseada, sino impuesta por condiciones externas adversas y es resultado del desarrollo desigual del capitalismo en el agro. Esta nueva ruralidad conspira así contra el imaginario ideal de un campesinado compacto, cohesionado en su comunidad, agricultor a tiempo completo, fortalecido como clase social y como dinámico actor económico y político que recreaba la LAF en torno a la CSUTCB y a CORACA, su brazo económico. Todo esto lo analizaremos con más detalle en los acápite siguientes.

3.2 Características de las comunidades objeto de estudio

3.2.1 Grupos focales

Durante el mes de febrero de 2017 se han realizado conversatorios con líderes locales utilizando la herramienta de grupos focales (GF) con miembros de cuatro diferentes comunidades rurales y vecinales. En primer lugar en Chuquisaca en la provincia Oropeza, con comunarios del municipio de Yotala, un valle a 2.700 msnm situado apenas a 15 Km de la ciudad de Sucre, que se caracteriza por la alta contaminación de sus ríos y fuentes de agua así como terrenos ondulados y accidentados pero de clima apacible. En segundo lugar con comunarios del municipio de Ravelo, provincia Chayanta del Norte de Potosí, lugar de puna y cabecera de valle con alturas que fluctúan entre 3.200 msnm y 2.900 msnm situado a 80 km de la ciudad de Sucre. Se caracteriza por frecuentes heladas, granizadas y sequías, una

topografía muy accidentada, serranías escarpadas y fuertes pendientes. En tercer lugar un selecto grupo de dirigentes vecinales de la ciudad de El Alto (FEJUVE) de diferentes edades, condiciones sociales y provenientes de distintas provincias rurales del altiplano situado a 4.200 msnm. En cuarto lugar con comunarios de la comunidad Taypi Llanga del municipio de Patacamaya situado a 4.200 msnm, a una distancia de 100 Km de la ciudad de La Paz. Esta comunidad posee tierras aptas para la agricultura y la ganadería, cultivan papa, quinua y crían ganado lechero de raza mejorada; parte de la comunidad tiene riego con bombeo y produce forraje, cebada y alfa alfa para alimentar su ganado lechero.

Finalmente, para establecer comparaciones entre agricultores a tiempo completo y la pluriactividad según sistemas productivos, con la autorización expresa de directivos de la institución Sartawi Sayariy, hemos resumido lo más destacado de una evaluación externa del impacto del proyecto de riego y de manejo de suelos que esta institución lleva a cabo desde hace años en la comunidad de Parajrani, en el municipio de Colquechaca de la provincia Chayanta del Norte de Potosí, una de las zonas más pobres y atrasadas de Bolivia.

3.3 Dinámicas económicas actuales en las comunidades

3.3.1 La pluriactividad como resultado de los bajos precios e inclemencias del tiempo

Un aspecto reiteradamente presente en las reflexiones de los comunarios y/o vecinos de los cuatro grupos focales, pero especialmente de los más articulados al mercado, es que son factores externos que la comunidad no puede controlar los que fuerzan la salida del campo o la cada vez más extendida pluriactividad. Estos factores externos podrían entenderse, por un lado, como las rígidas políticas macro económicas de control de precios de los productos nacionales para frenar la inflación de los alimentos –vigente en Bolivia desde el año 1985– que se concreta con la apertura indiscriminada de fronteras a las importaciones sean estas legales o ilegales (contrabando) y que se agravó recientemente con la devaluación de las monedas de todos los países vecinos, que hace que los productores nacionales no

puedan competir. Por otro, la imprevisibilidad del clima empeorado por el calentamiento planetario, los fenómenos del Niño y la Niña, y las recurrentes sequías seguidas de inundaciones que en los últimos años caracterizan las condiciones climáticas de Bolivia y que elevan el riesgo de cualquier actividad agrícola o pecuaria. Las pérdidas de los trabajadores agropecuarios debido a las contingencias naturales, a pesar de la ampliación de la cobertura del “seguro agrario” recientemente implementado, desalientan a los productores.

A esto se añade la percepción bastante extendida de que la tierra está “cansada”, los sistemas de rotación de cultivos se alteraron y el uso de agroquímicos está descontrolado. Esto conduce a que los comunarios, según ellos mismos afirman, se ven obligados a dejar el campo o a dedicarse simultáneamente a muchas otras actividades que les generen ingresos, en muchos casos, mayores que los que genera la agropecuaria.

3.3.2 La pluriactividad como un desafío permanente: con un solo trabajo no hay caso de vivir

La información cualitativa recogida confirma que desde hace un tiempo pero particularmente en los últimos años, las y los pobladores del campo ven como algo cotidiano tener que dedicarse a múltiples actividades que les generen ingresos. Como en las condiciones anteriormente descritas la agricultura por sí sola no les genera ingresos para cubrir sus necesidades básicas, están obligados a la multiresidencia, a la migración, al multiempleo, a la autoexplotación laboral generalmente en condiciones precarias, trabajando como albañiles, choferes asalariados, mecánicos, policías, maestros, comerciantes, mineros, músicos, carpinteros, tapiceros, chapistas, empleadas domésticas, confeccionistas, vendedores ambulantes, y en el peor de los casos de peones o cargadores.

En palabras de un participante del grupo focal de El Alto “con un solo trabajo no hay caso de vivir” y por eso varios miembros de la familia extendida, desde los niños/adolescentes hasta los ancianos están obligados a generar algún tipo de ingreso.

3.3.3 La migración como estrategia de vida

Como ya se mencionó, los fenómenos de la multiresidencia y el multiempleo tienen un denominador común: la precariedad laboral. El carácter itinerante de los migrantes que están en búsqueda de trabajos, empleos, “pegas” o “chambas” incide en una alta movilidad geográfica y espacial. Una manera más o menos segura para escapar a esa precariedad e inestabilidad es paradójicamente la migración definitiva fuera del país a Argentina, Brasil o España, donde los bolivianos se articulan en redes familiares, principalmente en actividades artesanales de confección –mayormente textiles– o en la exitosa producción de verduras y hortalizas por ejemplo para el mercado del gran Buenos Aires.

Pero hay otros que no pueden ahorrar lo suficiente para comprar un pasaje o que por los pocos años de escolaridad y bajos ingresos no reúnen las condiciones necesarias para insertarse en el mercado laboral internacional y no les queda otra que ser migrantes temporales dentro de las fronteras del país desempeñando una gama de oficios. Esto ocurre con poblaciones excedentarias de origen rural que no tienen otra opción mejor que dedicarse un poco a la agricultura en las escasas y poco fértiles tierras de su propiedad o de sus familiares, pero una vez que su mano de obra deja de ser indispensable en épocas de siembra, roturación y cosecha, emigran en busca de oportunidades laborales temporales muy diversas. Como en todo, hay excepciones, se relata el caso de una persona que habiendo cursado únicamente hasta quinto curso de primaria y que trabajaba de voceador de minibús, se fue a la Argentina y cuando regresó al cabo de unos años, con sus ahorros logró comprarse su propio minibús.

De ese modo los “agricultores a tiempo parcial”, también llamados agricultores pluriactivos o multiactivos, están obligados a migrar buscando trabajo que genere ingresos para la familia. Son agricultores vulnerables, trabajadores temporales o fuerza de trabajo informal. La precariedad y la incertidumbre de la migración es el rasgo que sella sus vidas. Quizás lo más sólido, estable y perdurable es la propiedad de sus tierras y la pertenencia a su comunidad. Es por eso que prácticamente todos (campesinos a medio tiempo, a tiempo completo, con riego o sin riego, excedentarios o de mera

subsistencia y los residentes) han regularizado los derechos de propiedad de las tierras que sus abuelos o padres obtuvieron gracias a sus luchas e históricas revueltas que cristalizaron con la Reforma Agraria de 1953. La multiresidencia y la pluriactividad van de la mano con la migración temporal y en muchos casos también con la desintegración familiar o la formación de más de un hogar. En algunos casos la multiresidencia y la pluriactividad han ocasionado debilitamiento y hasta desintegración familiar, peor si están presentes el alcoholismo y violencia contra las mujeres.

Más adelante veremos cómo esto da lugar a la formación de identidades múltiples y a lo que los sociólogos urbanos denominan la “multilocalidad”. Cuando los agricultores-campesinos pueden vivir y generar excedentes solamente o principalmente con sus actividades agrícolas y pecuarias, se establecen en un solo lugar –en su predio– y su vida familiar en pareja puede ser menos accidentada y tormentosa. Su identidad es de “campesinos” o de “agricultores familiares”. Pero cada vez son los menos o solamente se consolidan en regiones o territorios dinámicos muy particulares en los que las condiciones económicas, ambientales y sociales son óptimas. Cada vez hay menos campesinos resignados y dispuestos a seguir trabajando para siempre tierras cansadas e improductivas.

3.3.4 Familias propensas a la pluriactividad

En los cuatro grupos focales hemos encontrado que cuanto más grande o numerosa es la familia, mayores son las posibilidades de realizar múltiples actividades generadoras de ingresos. A mayor número de hijos correspondería mayor número de actividades laborales, probables o posibles, mayor diversificación de fuentes de ingresos familiares. En muchos casos, las familias muy pequeñas y pobres, con poca tierra y sin acceso a riego, estarían atrapadas en la dedicación exclusiva a actividades agropecuarias muy poco rentables. Están entrampadas en la pobreza. Son campesinos de subsistencia y –según el censo de población y vivienda de 2012– lamentablemente son todavía la mayoría de los campesinos de Bolivia.

Según el análisis de Chayanov (1987 [1925]), cuando la propensión al riesgo es menor que la posibilidad de generación de excedentes las familias utili-

zarán toda su fuerza de trabajo para lograr los ingresos más altos posibles. Y eso dependerá de si el año agrícola es bueno o no. Pero, en cualquier caso, las familias rurales muy pequeñas estarán siempre en desventaja frente a familias numerosas. La multilocalidad o la multiresidencia disminuyen las posibilidades de familias grandes y estables. Pero al mismo tiempo son una condición que permite la diversificación de actividades de generación de ingresos familiares.

3.3.5 Las mujeres, pieza clave de la pluriactividad

En reuniones comunales es frecuente observar que la mayoría o una gran parte de las personas participantes son mujeres. Esto de por sí desvela la creciente feminización de las actividades agropecuarias y de la población rural pero, además, muchas de estas mujeres –aunque todavía no sea reconocido socialmente– desempeñan el oficio de jefas o cabezas de hogar. Su fortaleza –además de la multiplicidad de roles (trabajar la tierra, cuidar la casa, criar los hijos y cuidar del esposo) – estriba en que la mayoría de las veces ellas administran el dinero del hogar y de la canasta familiar. Las mujeres participantes en los grupos focales señalaron que ellas “hacen alcanzar” el dinero, se encargan de inscribir y supervisar la asistencia de los hijos e hijas a la escuela, compran y controlan el material escolar, pagan las matrículas y cuotas especiales para fiestas y desfiles, compran los alimentos que consumen a diario que no son producidos en su comunidad, cocinan y cuidan la despensa, lavan la ropa, vigilan que los hijos e hijas no malgasten los escasos ingresos que el hogar rural logra juntar.

Aunque a menudo en las reuniones comunales están sentadas al final del salón y participan muy poco de los debates –puesto que los ámbitos públicos están aún a cargo de los varones– finalmente ellas inclinan la balanza cuando la familia debe tomar decisiones importantes. Los hombres se dedican más a los sindicatos, a las reuniones, a la política y al trabajo físico que exige fortaleza y habilidades que se transmiten de generación en generación. Los hombres, debido a su mayor margen de movilidad espacial (mayor grado de escolaridad, bilingüismo, interacción social más activa fuera de la comunidad), son los que emigran mayormente en busca de trabajo fuera del predio o de la comunidad. Por el contrario, las mujeres están más arraigadas a la

comunidad al tener que cumplir roles reproductivos, productivos y comunitarios (labores domésticas, crianza de los hijos, actividades económicas, trabajos y obligaciones comunitarias y responsabilidades abandonadas por los hombres) y por tanto tienen menos oportunidades de emigrar por su cuenta en busca de trabajo (Colque y Soria Galvarro 2014). Claro que hay casos pero son las excepciones. Por lo general la mujer emigra cuando el esposo ya encontró una oportunidad de trabajo y de vida mejor en otra parte.

“Antes sabía vender condimentos que traía del Desaguadero. Mi esposo era un borracho y se ha ido de mi lado y ha vuelto después de 22 años para morirse no más y lo he enterrado. Con el tiempo el negocio de condimentos ya no ha sido tan bueno y por eso me dediqué a vender coca y con las ganancias me he comprado casas y ahora soy dirigente de la zona Mercedes (camino a Viacha) y por eso he subido al cargo de Fejuve, una vez que creció mi hija mayor a ella he dejado el negocio de la coca y me he vuelto carnicera en el mercado Rodríguez y así he probado todo tipo de trabajo. Para que voy a mentir, tengo platita pero con eso hago estudiar a mis hijos, una estudia derecho en una universidad privada” (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

“Estamos muy tristes por nuestros hijos, decepcionados, todo el día nos piden plata para su teléfono celular, sus fiestas... ya no quieren comer alimentos de sus abuelos, solo quieren pollo frito. Nosotras, las mujeres, por trabajar tanto estamos descuidando la educación de nuestros hijos. El alcoholismo está matando a nuestros jóvenes. Nuestros jóvenes actualmente están perdidos. No saben lo que es trabajar, menos aún trabajar la tierra con sus manos. Nuestros hijos nos chantajejan. El principal problema para nuestros hijos es que no hay trabajo, no hay industrias, no hay empleo por eso se van al exterior” (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

3.3.6 El ejercicio de cargos obligatorios en la comunidad

Es muy conocido que en las comunidades rurales de valles y altiplano persisten formas de organización interna que buscan distribuir las cargas y las responsabilidades entre todos por igual. El saneamiento y la regularización de los derechos de propiedad de las tierras de las comunidades y de las familias, impulsados por el Estado de manera ininterrumpida desde hace 20 años, ha despertado el reclamo de miles de familias y personas que por

esa vía han logrado fortalecer sus derechos propietarios, especialmente de carácter individual. Migrantes –hombres y mujeres, jóvenes y adultos– pequeños productores familiares de origen campesino-indígena que se habían ido definitivamente a vivir a países vecinos o a otros departamentos o ciudades del interior, y que en muchos casos habían abandonado sus tierras o las dejaron al cuidado de parientes, en el marco de la ley han hecho valer sus derechos propietarios y han logrado recuperarlas. Aunque muchos de ellos no las trabajan directamente. El proceso de saneamiento de tierras ha visibilizado estos conflictos que estaban latentes. En algunos casos se ha llegado a acuerdos para la devolución de dineros que se habían pactado anteriormente con comunarios que viven en el campo, a cambio de tierras dejadas baldías por migrantes. En otros casos –con el paso del tiempo– esos arreglos informales han derivado en conflictos.

Con el saneamiento de las propiedades agrarias se ha producido una actualización concertada de los derechos de propiedad de las comunidades, con sus linderos y límites intercomunales, así como de los derechos específicos de cada persona y familia. Pero lograr ese derecho de propiedad privada tiene un costo y consiste en ser miembro pleno y activo de la comunidad. Para el logro de ese cometido la comunidad instituye ciertos mecanismos coercitivos (cumplimiento de cargos, cuotas, multas, trabajos comunales obligatorios, asistencia a las reuniones) que constituyen a la vez un requisito y una traba para ser propietario de la tierra, alquilarla o venderla. Para ser afiliado en una comunidad una familia o persona que la familia designe debe “pasar cargos”, es decir dedicar parte importante de su tiempo en el desempeño de carteras que requieren dedicación intensa a reuniones, trámites, representaciones institucionales y políticas, organización de eventos, fiestas, desfiles, relaciones con alcaldes, concejales y demás autoridades locales o departamentales.

Muchas comunidades del altiplano y los valles redactaron y aprobaron sus estatutos comunales y reglamentos internos en los cuales se establecen detalladamente los derechos y las obligaciones de las personas en las comunidades. En general se trata de comunidades muy pequeñas de no más de 20 o 30 familias que se obligan a reuniones regulares cada mes en las que los dirigentes de turno que están pasando los cargos deben rendir cuentas, dar

explicaciones, recibir instrucciones, resolver conflictos internos, etc. También hay comunidades grandes que tienen más de 200 familias registradas en sus listas de afiliados, pero son una minoría. A pesar de esta notable vida comunal organizada y avances en la regularización de los derechos propietarios familiares y colectivos, no se percibe aún cambios en el uso más intensivo de los recursos naturales, particularmente de la tierra. Es decir, no se percibe un cambio en la economía de las familias como resultado del fortalecimiento de sus derechos de propiedad sobre las tierras. En los cuatro grupos focales y en otros trabajos de investigación de la Fundación TIERRA no se ha comprobado la hipótesis de que ante el fortalecimiento de la seguridad jurídica y de los derechos propietarios de la tierra aumentarán las inversiones familiares en los predios, mejorarán las condiciones productivas y crecerán los ingresos de las familias rurales (De Soto 2000; ver también Deininger y Binswanger 1999). Dependiendo de las variables de calidad de los suelos, riego, clima y otros factores naturales que hacen atractiva la producción, los títulos de propiedad han permitido capitalizar el predio y hasta usarlo como garantía prendaria para el crédito bancario.

En general cuando no se han hecho inversiones significativas en el predio (no se han hecho “mejoras”) –como canales de riego, terrazas, andenes, infraestructura, manejo de suelos, reforestación, reposición del germoplasma y de la biodiversidad local– el título de propiedad actualizado no se ha convertido aún en un estímulo para usar como mecanismo generador de inversiones para el uso más intensivo de la tierra. Más bien, el saneamiento de las tierras en muchos casos, especialmente en los valles de Chuquisaca, habría llevado a la agudización de conflictos y peleas internas. En las comunidades que no han hecho inversiones en riego, no existiría relación entre derechos propietarios de la tierra y el tiempo que cada familia dedica a la agropecuaria, es decir, a la pluriactividad o la agricultura a tiempo completo.

Pero, para que una comunidad o un grupo de comunidades inviertan dinero y fuerza laboral para producir, por ejemplo, con “enfoque de cuenca”, un requisito importante es contar con los títulos de propiedad de la tierra, debidamente saneados y concertados socialmente con los miembros de las comunidades. En general dependerá del valor productivo y financiero de las tierras. Si las tierras son de muy baja productividad, están alejadas de las

carreteras y sometidas a permanente estrés climático, su precio será muy bajo y por tanto nadie invertirá en ellas, por lo que el título de propiedad no le añade valor económico al predio, salvo el de la certeza de la propiedad que es más bien de orden psicológico, cultural y social.

Cuando la tierra tiene un valor económico relevante es porque genera renta y en estos casos la dedicación al trabajo agropecuario es generalmente a tiempo completo. En estos casos casi no hay residentes, por ejemplo en las zonas de producción de hoja de coca en los Yungas, o durante el fugaz boom de la quinua en el altiplano (entre los años 2012 y 2015), en que muchos residentes regresaron a sus comunidades y tuvieron que confrontar serios problemas con los comunarios. En todo caso, para ser miembro de una comunidad o sindicato, la condición sine qua non es la de pasar cargos y cumplir con las obligaciones de la comunidad.

3.4 Estructura económica y ocupacional

3.4.1 Posibilidades de ‘empleo pleno’ en el agro

Cuando las familias disponen de tierras fértiles, agua para riego, clima apropiado y mercados estables, por lo general la dedicación de las familias a la actividad agropecuaria es plena. Esto es algo obvio pero el punto es que una agricultura viable demanda el concurso, la dedicación y la fuerza de trabajo de todos los miembros de la familia, incluso de los muy jóvenes y esporádicamente hasta de los de la tercera edad. Esto ocurre en la comunidad de Parajrani en el Norte de Potosí, una región que concentra los índices de extrema pobreza más altos de Bolivia. La introducción de riego y nuevas prácticas de manejo de suelos, promovidos por Fundación Sartawi– Sayariy, han cambiado no solo la forma de producir sino la forma de vida de las familias de esta comunidad cuyos jóvenes dejaron de emigrar porque ahora les resulta más atractivo quedarse en su comunidad y re-convertirse en campesinos, recampesinizarse, volver a ser agricultores. Han encontrado que en esas condiciones se logra excedentes y rentabilidad. Estas familias han aumentado su autoestima y sienten que una nueva etapa de su vida ha comenzado. En otros lugares, cuando los hijos de los campesinos logran capacitarse como agrónomos, zootecnistas o veterinarios en las Unidades

Académicas Campesinas (UAC de la UCB) u otros institutos, muchos de ellos tienden a quedarse en sus lugares de origen y aplicar sus nuevos conocimientos en sus predios y comunidades.

Otro caso llamativo de cómo las condiciones materiales óptimas promueven la agricultura a tiempo completo se presenta en Patacamaya. Una parte de la comunidad altiplánica de Taypi Llanga tiene acceso al agua para riego mediante pozo y bombeo que permite regar sus cultivos de alfa alfa y cebada para alimentar su ganado lechero de raza mejorada. Hasta hace un par de años, los lecheros de esta zona lograron ingresos económicos altos por la venta de leche a la empresa PIL a precios también altos. Pero este auge económico cambió cuando los países vecinos devaluaron sus monedas y los precios internacionales de la leche se desplomaron. Los productores de leche que participaron en el grupo focal informaron que la leche importada o de contrabando es mucho más barata, lo que obligó a la empresa de lácteos a bajar sus precios de compra. Ahora los productores de leche de esta comunidad apenas recuperan sus gastos e inversiones y ellos también se ven obligados –además de producir leche y colocarla a la mitad del precio que antes– a vender su fuerza de trabajo en múltiples actividades no agropecuarias fuera de su comunidad. Estas familias están obligadas a la pluriactividad o multiactividad no para enriquecerse o lograr mejores niveles de bienestar sino para seguir educando a sus hijos mayores que –una vez terminada la escuela y el colegio en el área rural– demandan educación superior en las ciudades. Según los testimonios, los padres, pero en especial las madres, están dispuestas a realizar cualquier sacrificio para educar a sus hijos con la esperanza de que dejen de ser pobres, que dejen de ser agricultores, consigan empleos estables y no sufran en el campo.

3.4.2 El Alto, los alteños y sus nexos con la comunidad rural

No existen datos estadísticos confiables pero a partir de algunas evidencias empíricas se puede sugerir que una parte considerable de las tierras de uso agropecuario son propiedad de familias que no viven en el campo. Esto es particularmente evidente en partes del altiplano norte y centro del departamento de La Paz, en la región próxima al lago Titicaca y las que están conectadas por carreteras asfaltadas hacia las ciudades de El Alto y La Paz.

Muchos residentes solo vuelven ocasionalmente a sus comunidades para participar de las reuniones. Incluso, un número muy elevado de autoridades de las comunidades del altiplano, viven en la ciudad de El Alto o de La Paz. De hecho en uno de los grupos focales –en Taypi Llanga en Patacamaya a 100 Km de la ciudad de La Paz– los participantes coincidieron en afirmar que el número de residentes es el triple que el de las familias que viven en su comunidad (30 familias de 40). Algunos ya no viven en sus comunidades distantes y dispersas pero viven en los centros poblados cercanos que están situados a lo largo de la carretera principal.

Lo que ocurre además es que desde hace unas tres décadas y gracias a las carreteras asfaltadas (ahora la doble vía y la construcción de más y mejores ramales) que unen las áreas rurales con la región metropolitana, una mayoría significativa de las familias que tienen tierras de uso agropecuario en el campo, también tienen una pequeña casa o vivienda precaria o transitoria en alguno de los pequeños centros poblados, ciudades intermedias o en los barrios marginales especialmente de la ciudad de El Alto, siendo algunos de ellos dirigentes de las juntas de vecinos.

El Alto es en realidad una ciudad de campesinos o de ex campesinos de reciente generación (no la Ceja ni los barrios más antiguos y consolidados hace décadas), pero de ex campesinos que prefieren no llamarse o identificarse como tales, porque labrar la tierra ya no es su actividad principal, ni la agricultura y la ganadería les genera ingresos importantes. Son principalmente y la mayor parte trabajadores informales y la minoría asalariados, incluyendo trabajadores dependientes de pequeños emprendimientos económicos que se encuentran en algún punto intermedio entre la economía formal e informal.

En los grupos focales también los participantes afirmaron que una mayoría de las familias que vive en el campo tiene una movilidad propia, a veces sin papeles en regla ni placas de identificación. Es una nueva realidad particularmente más visible en regiones conectadas con circuitos económicos locales o con los centros urbanos. Muchos son confeccionistas, mecánicos, músicos, carpinteros, chapistas, herreros, tractoristas, costureros y miles de empleados públicos. Las mujeres en las ciudades se dedican al comercio y a atender puestos de comida, además de encargarse de las labores del hogar.

Prácticamente, las calles de las ciudades de El Alto y en menor medida de La Paz son una gigantesca tienda de comercio donde se compra y se vende de todo y llegan a constituirse en un “patio de comidas” para todos los gustos y bolsillos.

Sin importar cuál es su actividad urbana los residentes alteños periódicamente visitan sus comunidades de origen, en algunos casos lo hacen para pasar cargos y así mantener sus derechos de propiedad y su permanencia en las listas de la comunidad, en otros casos, como señalan en las entrevistas, porque “la tierra llama” y otras veces para pasear y llevar bienes y regalos a sus seres queridos. El hecho es que al mantener sus derechos de propiedad sobre las tierras que heredaron de sus padres o abuelos y al no trabajarlas directamente o solamente unas pequeñas parcelas a cargo de tíos o hermanos, el complejo sistema de residentes (concertado socialmente y construido colectivamente en las últimas tres décadas) está dejando cada vez mayores cantidades de tierras sin uso.

Sin duda la tierra como un recurso natural y una propiedad privada es una reserva para momentos de crisis o dificultad extrema a la que siempre podrán acudir, pero en la actualidad los residentes que a la vez son agentes de modernidad y de conexión con el mercado y el sistema político institucional del Estado en todos sus niveles, estarían mermando la disponibilidad de tierra para producir alimentos. Cualquier reducción en la producción campesina indirectamente induce a que los bolivianos consuman cada vez más alimentos producidos por la agroindustria y el agronegocio del oriente y especialmente del departamento de Santa Cruz y menos alimentos de origen en la agricultura familiar campesina. La diversificación y la pluriactividad serán mayores ante menor disponibilidad de tierras de cultivo. El control de tierras productivas por parte de los residentes no ayuda a producir más y mejores cultivos porque nubla y enrarece un mercado de tierras que no es registrado por el Estado y sus instituciones. Toda la normativa agraria desde hace casi un siglo protege al pequeño productor especificando que sus derechos propietarios son inalienables pero también le obliga a cumplir la denominada Función Social (FS). Sin embargo, los residentes alteños que siembran un poco de productos lo hacen mayormente para mantener su derecho propietario de la tierra y por “prestigio social”, pero no para obtener ingresos económicos. Un dirigente vecinal señaló que sería mucho más

barato comprar papa de cualquier mercado de El Alto que ir a sembrar y cosechar 6 a 8 arrobas de papa al año en su comunidad. Lo hacen solo para mantener su derecho a la propiedad de la tierra y su estatus de comunarios. En todo caso este debate sobre el papel del residente necesita de mayor sustento empírico en base a estudios mucho más específicos y precisos ya que hay toda una gama de tipos de residente y de situaciones según regiones y pisos ecológicos del país. Spedding y Llanos ya en 1999 han trabajado este tema en los Yungas; Madrid Lara (1998) trata el tema en Oruro.

“La finalidad de quedarse en el campo sufriendo es para conseguirse aquí un terrenito en El Alto o en la hoyada y posteriormente tener una casita. La mayor parte de los campesinos del altiplano (85 a 90%) también tiene casa aquí en El Alto pero desde hace muchos años seguimos yendo y viniendo al campo, cumpliendo las funciones sociales, pero para progresar tienes que ser carpintero, chofer, cerrajero, policía, maestro o albañil. Pero más vivimos del comercio informal porque no hay trabajo” (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

Parecería que hay una especie de gradación o jerarquía que comienza desde más abajo con los campesinos de subsistencia (que por lo general serían todavía monolingües e indígenas quechuas o aymaras de zonas muy alejadas y deprimidas), en segundo lugar los campesinos dedicados a la pluriactividad que sin embargo tienen todavía un pie bien puesto en la comunidad y en las labores agrícolas pero que no generan suficientes recursos y que –por tanto– necesitan obligatoriamente vender su fuerza de trabajo en múltiples otras actividades, generalmente urbanas, precarias y mal rentadas. Una categoría aparte estaría conformada por los agricultores a tiempo completo exitosos y que gracias a una excepcional buena dotación de recursos naturales (tierra fértil, agua y sistemas de riego, manejo de suelos, acceso estable a los mercados) pueden vivir y generar ahorros a través de su dedicación casi exclusiva a la actividad agropecuaria. Y finalmente la categoría de los residentes, que ya no viven en el campo, tienen tierras a su nombre, sus ingresos provienen casi exclusivamente de actividades no agropecuarias, pero mantienen un peso político y organizativo en muchos casos decisivo en sus antiguas comunidades.

En este contexto, una pregunta delicada pero obligatoria es: si bien los residentes son “agentes de modernidad”, ¿cumplen verdaderamente la Función Social que mandan las leyes, constituciones, reglamentos y normas internas de las comunidades? Los estatutos comunales de reciente creación en varias comunidades campesinas, ¿han sido una transacción pactada con los comunarios o una imposición negociada de los residentes que a cambio de “pasar cargos” garantizan de por vida la propiedad de sus tierras, no importando si esas tierras son trabajadas o no? Hoy por hoy este tema no se debate en las comunidades, pero ¿llegará el momento en que los residentes acabarán perdiendo el derecho de propiedad de sus tierras aumentando así significativamente el acervo de tierras disponibles para los que no las tienen, lo que –con sistemas de riego de por medio y políticas públicas inteligentes– permitiría una recampesinización y recuperación de la agricultura familiar tan venida a menos en las últimas décadas?

3.5 Transformaciones en el sistema productivo local

3.5.1 Dependencia de insumos agrícolas externos

Varias de las familias entrevistadas en los grupos focales señalan que hoy la producción de alimentos de los campesinos o agricultores familiares depende en gran medida del uso indiscriminado de insumos químicos, ya sea de abonos o de pesticidas. También recalcan que usan aguas contaminadas por las ciudades, los desechos mineros y los recolectores de grava de los ríos, y que sus comunidades están rodeadas o inundadas de plásticos de todo tipo que nadie se molesta siquiera en levantar, juntar y procesar. Los participantes en los GF son conscientes que se están produciendo graves daños al medio ambiente pero no sienten responsabilidad alguna por revertir el proceso. Dicen que es tarea de las autoridades y que estas no hacen nada. Lamentan que los productos no sean sanos, orgánicos, originarios, nativos, como los que producían y consumían sus abuelos y abuelas. Acusan a las políticas públicas de venta de “semillas certificadas” de ser las responsables de la reducción del germoplasma y de haber acabado con la enorme variedad de semillas que antes había. Creen que el sobreuso del suelo, la falta de rotación y descanso de la tierra, el sobrepastoreo, el uso de agroquímicos y

la compactación causan la salinización de los suelos que los vuelve mucho menos productivos al extremo de que no hay otra alternativa que abandonarlos. Eso provoca escasez de tierras productivas.

También existe la percepción de que las tierras disponibles no son buenas para trabajarlas, que ya no rinden como antes lo hacían. Pero no hay ninguna reflexión sobre el “modelo primario exportador y extractivista” que está detrás del deterioro acelerado del medio ambiente. En efecto, en los GF (al igual que entre muchos dirigentes de las organizaciones matrices de los campesinos y productores agropecuarios (CSUTCB, CONAMAQ, Interculturales, CAPPO), no existen propuestas de políticas públicas que lleven a cambiar las prácticas depredadoras de la agricultura y la ganadería, inclusive de los propios campesinos y agricultores familiares. Como Bolivia es un país muy grande y tiene muy poca población, cuando la tierra se agota por sobre uso, en lugar de hacer manejo de suelos e introducir prácticas sostenibles, lo que se hace es abandonarla y ampliar la frontera agrícola que generalmente se traduce en tumbar monte en la región amazónica, de los yungas, o de los llanos orientales. Las tierras deterioradas, erosionadas, compactadas y salinizadas provocan la migración campo ciudad, el abandono de las actividades agropecuarias y hacen menos rentable la actividad agropecuaria porque los rendimientos son sumamente bajos. Si se compara la disponibilidad de tierras por habitante de Bolivia con países de América Central como Salvador, Guatemala u Honduras, la diferencia es abismal. En esos países efectivamente hay escasez de tierras, pero en Bolivia abundan y proporcionalmente muy pocas se trabajan. Claro, las mejores siguen en manos del agronegocio sojero.

3.5.2 La “tractorización” del agro y ganado de raza mejorada

En los valles y en el altiplano, hoy casi todos usan tractor; en los cuatro GF dicen que la yunta de bueyes es cosa del pasado, porque especialmente en la última década el Estado ha entregado miles de tractores para los campesinos de todo el país. Ahora, cualquier familia afiliada al sindicato los alquila de la alcaldía y en un par de horas hacen el trabajo que antes con los bueyes tardaba varios días. La “tractorización” de la agricultura familiar campesina producida en los últimos años ha liberado la fuerza de trabajo y

ha reducido significativamente el tiempo de labranza. Es una conquista de la última década muy valorada por todos. Sin embargo, no es una situación generalizable ya que esta conquista solo es útil para regiones más o menos planas donde el tractor se puede utilizar. Por ejemplo en los Yungas o en los municipios de Copacabana, Tito Yupanqui y Tiquina colindantes con el lago Titicaca del altiplano, o regiones de la puna montañosa del Norte de Potosí, la mecanización del agro no es posible.

Pero el tractor, si es que no es bien usado, compacta los terrenos y provoca desertificación por erosión eólica. Los entrevistados en Chuquisaca señalan como ejemplo lo sucedido en la década de los años setenta del siglo pasado en las pampas de Lequezana en Potosí. En el altiplano se quejan de que falta tierra y la fragmentación no les permite vivir de la producción agropecuaria, pero no profundizan el debate sobre su disponibilidad y uso real y se quedan en la consigna política del “surcofundo”. La extrema fragmentación y parcelación de la tierra también dificulta el uso adecuado de la maquinaria. El tractor y otras innovaciones tecnológicas expulsan mano de obra del campo a la ciudad.

Respecto al ganado vacuno mejorado, en general se observa que las vacas criollas están siendo reemplazadas por las de “raza mejorada” que mayormente son introducidas desde Perú para la producción lechera porque son las que se adaptan a las condiciones de altura. La producción y el consumo de leche en Bolivia han aumentado notablemente en los últimos años [Ver Censo Agropecuario (INE 2015)].

A pesar de las mejoras señaladas (tractor y raza de ganado) la productividad de la agricultura y de la lechería de origen familiar sigue muy por debajo de los promedios de América Latina. Nuestro rezago tecnológico, los rendimientos y la competitividad de la agropecuaria de origen familiar campesina continua siendo la última del continente. Seguramente esa es a la vez una causa y un efecto de la cada vez más extendida agricultura a tiempo parcial o la pluriactividad de las familias del campo. Los agricultores familiares de Bolivia –salvo contadas excepciones– no pueden competir con sus pares de otros países de la región porque la calidad y el precio de los productos foráneos los desplazan del mercado.

3.5.3 Uso generalizado del automotor en lugar de animales de carga

Hace tiempo que en el campo crece la adopción de medios de transporte motorizados como medio de transporte y carga. El uso de animales de carga es cada vez menor en muchas regiones andinas. Este es otro cambio radical en las condiciones de vida y de trabajo en el campo boliviano que sin embargo no obedece ni es una respuesta a aumentos en la productividad y en la producción agropecuaria.

Otros ingresos individuales y familiares, así como las transferencias públicas, durante la década de bonanza económica (2004-2014) de altos precios de las materias primas de exportación (gas, minerales, agronegocio sojero, coca y derivados), son los que han permitido una especie de “rebalse” de dinero nunca antes visto a los hogares pobres del país, en muchos casos canalizados desde el Estado de manera clientelar y a cambio de un efectivo respaldo político. Todo esto sumado a la autoestima producida en una década de gobierno de un “presidente indígena” ha llevado a la paradoja de que los indígenas y campesinos viven hoy mejor que antes, consumen más alimentos que antes, pero la producción agropecuaria que proviene de su trabajo se ha estancado o se ha reducido. Algunas familias rurales en circunstancias concretas producen para su autoconsumo y ayudan a abastecer parcialmente con alimentos a sus familias en las ciudades. En tiempos de cosecha es recurrente que los migrantes temporales vuelvan a la comunidad y en la tarde o fines de semana retornan a la ciudad con cargas de papa.

Ya no es raro encontrar un pequeño y vetusto automóvil en la puerta o en el chaco de casi cualquier familia campesina. Los bajos aranceles y la libertad de importar autos usados en años anteriores, así como la proliferación del contrabando de autos ‘chutos’ han democratizado su acceso también a las familias rurales, en casi todo el país. Esa libertad de movimiento y de transporte genera mayor demanda de servicios y también permite una más extendida pluriactividad. Aquellos campesinos que tienen sus parcelas cerca de las ciudades y conectadas por recientes carreteras asfaltadas, incluso viven en las ciudades y desde allí atienden sus cultivos. En algunos casos ya no es necesario vivir en el campo para producir la tierra, pero esto conlleva bajas en los rendimientos y en la producción total.

Posiblemente es el costo del modelo extractivista y rentista en el que la economía y la sociedad bolivianas están ahora atrapadas. Mientras haya rentas por las exportaciones de materias primas, habrá forma de redistribuirlas, pero eso desalienta la producción interna y estimula las importaciones, especialmente de alimentos que desplazan sistemáticamente a los pequeños productores, particularmente si el Estado persiste en mantener el tipo de cambio congelado.

3.5.4 Cambios en los hábitos alimenticios

Otro de los temas indagados con los grupos fue el del consumo de alimentos. En todos ellos se constató que la base de la dieta alimenticia está constituida por productos de origen agroindustrial como el azúcar, aceite, fideos, arroz, refrescos embotellados con gas, pollo de granja (mayormente consumidos fritos), además de papa, y en menor proporción verduras y carne roja. Uno de los argumentos que explican este cambio y uniformización en la dieta alimenticia es la facilidad de su conservación (no se malogran), son fáciles de adquirir y almacenar, son baratos pero especialmente porque toma poco tiempo y es muy fácil cocinarlos, a diferencia de algunos productos alimenticios de origen tradicional que requieren de mayor elaboración, habilidades culinarias y tiempo.

Tanto en el caso de las familias pluriactivas como en el de los agricultores a tiempo completo, la mayoría de los productos cosechados en el predio familiar complementan la dieta y amortiguan el costo de la alimentación. Por supuesto que las familias a tiempo completo tienen mayor grado de autonomía con respecto a las familias pluriactivas pero las diferencias en la composición de la canasta alimentaria no son demasiado grandes. Especialmente los agricultores a tiempo parcial afirman que no producen para el mercado sino que suman, añaden, complementan, su dieta de productos agroindustriales con algunos productos cultivados esporádicamente en sus predios que según la región puede tratarse de maíz, choclo, verduras y hortalizas, algunas gallinas y cabras, y hasta cuyes (conejos) en los valles, y quinua, oca, papaliza, y papa deshidratada en el altiplano y la puna. Cuando tienen alguna carpa solar logran producir verduras y hortalizas ya sea para su consumo pero sobre todo para la venta en ferias y mercados. El queso y los huevos producidos en las comunidades generalmente se venden.

Dependiendo del clima y de la calidad de los suelos a veces se produce también algo de trigo, cebada, zanahorias y cebollas, avena, arveja, tarwi, y en las cabeceras de valles algunas frutas como duraznos y manzanas a escala reducida. Los productos de mejor calidad se destinan estacionalmente al mercado. En general reclaman que en los últimos años se ha reducido la variedad de semillas a solo unas cuantas. Dicen que en el caso de la papa ya solo se encuentra la holandesa y la imilla. En algunas regiones del altiplano y valles hay producción comercial de cebolla en grandes cantidades pero que no abastece los mercados urbanos. La mayoría de los comunarios de Taypi Llanga apenas siembra cuarta hectárea de papa y en algunos casos media, como máximo.

Varias de las personas de los GF afirman que son sus hijos los que les obligan a cambiar la dieta alimenticia cada vez más. Ellos, los niños y jóvenes, ya no quieren comer lagua, tarwi, chuño, ni pito y tampoco carne de cordero o de llama. Prefieren pollo frito con arroz o papas fritas. Ya no hay grandes diferencias en la dieta alimenticia de la población rural y urbana. La uniformización de la dieta está muy extendida en todo el país y tiene directa relación con la agricultura comercial de Santa Cruz, de donde proviene un 70% de los alimentos que consume la población boliviana.

El crecimiento de la agroindustria está desplazando a la agricultura familiar y es una de las causantes del despoblamiento de las áreas rurales que se da a la par que la pluriactividad urbana-rural crece y se impone como una forma de vida que entreteteje la multiresidencia, el multiempleo, la informalidad y la precariedad laboral. La descampesinización crece a la par que se expande la agricultura comercial del oriente. La uniformización de la dieta de consumo de alimentos en el campo y las ciudades, especialmente entre sectores de bajos ingresos, es un claro resultado de la expansión de la agroindustria y de la contracción de la agricultura familiar.

3.5.5 La luz eléctrica, la cocina a gas y el teléfono móvil (celular)

En las conversaciones con los participantes en los diferentes GF se mencionó que a la par que se ha ido produciendo la transición de una agricultura de tiempo completo a otra de tiempo parcial en las últimas dos o tres déca-

das, también se han introducido en el campo o en las áreas rurales grandes innovaciones como la energía eléctrica, el gas licuado de uso domiciliario por garrafa y la telefonía celular que facilitan enormemente la vida y las comunicaciones. En efecto, la cobertura de la red de energía eléctrica rural es prácticamente total, salvo lugares muy alejados y aislados que a veces cuentan con motores a diésel.

Así, la gran mayoría de las poblaciones rurales cuenta ahora con energía eléctrica a domicilio. Esto permite que prácticamente en todos los hogares rurales haya señal permanente de radio y televisión y muchos poblados están llenos de antenas parabólicas que captan incluso emisiones del exterior. Pero lo más importante es que la energía eléctrica permite el surgimiento de talleres artesanales de todo tipo en el campo y ayuda a la creación de múltiples fuentes de trabajo alternativas a la agropecuaria.

A su vez, la masiva distribución de garrafas de gas licuado hasta los últimos confines del territorio nacional permite a los hogares cocinar con gas, que tiene un precio subvencionado muy barato. Ahora son muy pocos los hogares que cocinan con leña, en parte porque la masa forestal de altiplano y valles se ha reducido a su mínima expresión y ya casi no hay leña, pero principalmente porque es mucho más fácil, sano, limpio y cómodo cocinar con gas. Pero entre todas, quizás la innovación más generalizada es la telefonía móvil que cubre todo el país. Las reuniones de los sindicatos, de los clubes de madres, de las cooperativas, de las juntas de vecinos, seminarios y talleres, cursos de formación, reuniones con las autoridades locales son coordinadas mediante telefonía celular.

En las últimas décadas la energía eléctrica, el automóvil, el gas licuado, la telefonía celular y la creciente red de carreteras de calidad han revolucionado la forma de vida en las comunidades especialmente de las poblaciones rurales cercanas a las carreteras. Hoy el poblador rural está menos atado a la tierra y tiene más libertad para decidir entre otras opciones de trabajo y de vida para diversificar sus fuentes de ingresos. En algunos casos la pluriactividad y el multiempleo es una fatalidad, pero en otros se trata más bien de una ventana de oportunidad, de una opción positiva para salir de la pobreza viviendo entre dos mundos, el urbano y el rural, que ya no tiene límites ni fronteras definidas.

3.6 El caso de Parajrani en el Norte de Potosí: riego, manejo de suelos y agricultura a tiempo completo

3.6.1 El salto económico productivo

Sabemos que no hay soluciones mágicas a la pobreza y atraso rural que tiene características estructurales y obedece a una perversa combinación de factores que tiene atrapadas a grandes mayorías de la población. Sabemos también que en algunas oportunidades se ha hecho del discurso del riego una especie de “mito” que lo solucionaría todo. En varios lugares de nuestra geografía están abandonados pozos, canales, aducciones, estanques, pequeñas represas e invernaderos que fueron construidos sin la necesaria concertación, organización y empoderamiento local. De hecho, hace un par de años el gobierno ha declarado la “Década del Riego” (2015-2025) como un componente central de la denominada Agenda Patriótica y desde el Ministerio de la Presidencia se está financiando centenares de proyectos de riego por todo el país, muchos de los cuales aparecen en los informes gubernamentales como concluidos, cuando en realidad apenas están comenzando y no han contado con la directa y decisiva participación de los actores sociales y económicos locales: los campesinos y agricultores.

En general en otros países las infraestructuras para riego financiadas desde los Estados comenzaron a desarrollarse hace muchos años y en Bolivia tenemos un notable rezago comparado con los notables adelantos que se observan en varios de los países que nos rodean. Para nadie es un secreto que el agua de riego multiplica varias veces el valor económico de las tierras y que en muchos casos es una condición, necesaria pero no suficiente, que ayuda significativamente a aumentar la productividad, la producción y los ingresos de los trabajadores del campo. Justamente para contrastar la situación de la mayoría de los productores agropecuarios de valles y altiplano de Bolivia que practican una agricultura a secano, con la de aquellos que han innovado sus prácticas agropecuarias con el riego y el manejo de suelos, es que resumimos la experiencia siguiente.

En la comunidad de Parajrani en el municipio de Colquechaca de la provincia Chayanta del departamento de Potosí, la implementación del proyecto

de riego y manejo de suelos, promovido por la Fundación Sartawi – Sayariy (Pizarro y Krekeler mayo 2011)¹⁰ ha permitido avanzar hacia “una ciudadanía más activa de parte de la sociedad civil local y sus actores”. En apenas siete años el proceso ha fortalecido el papel de las organizaciones de base (sindicatos) y en alguna medida el rol de las subcentrales y otros actores como el Comité de Vigilancia.

El sistema agrícola de los productores de la comunidad de Parajrani –como el de la gran mayoría del país– está enmarcado en los retos que impone una condición agroecológica frágil, regida por un sistema climático en proceso de cambio acelerado, el aislamiento y la marginalidad social y territorial. Antes –hasta hace una década y desde hace muchos años antes– la población de la comunidad de Parajrani migraba de forma temporal o definitiva a Cochabamba o Argentina en busca de trabajos que le permitieran suplir sus necesidades monetarias.

Ahora, después de siete años, luego de haber experimentado un sistemático programa de manejo de suelos y de riego en su comunidad, los hombres, sobre todo los más jóvenes están más expectantes y apuestan por vivir de forma permanente en su localidad. Muchas personas hablan de “haber despertado”. Otro comentario que se escucha con frecuencia es que “no vamos a volver atrás”. Ahora los comunarios claves ya no migran de la comunidad.

En la comunidad de Parajrani en el Norte de Potosí se están desarrollando desde hace más de siete años técnicas de recuperación de suelos a través de terrazas. Por su parte el mayor cambio cuantitativo se observa en el porcentaje de familias que puede utilizar riego en sus cultivos de manera habitual, lo que ha crecido desde un 28,6% al inicio del programa, hasta el 100% en la actualidad. La mayor disponibilidad de agua para riego muestra alcances importantes en la diversificación de los rubros que componen el sistema productivo de las familias.

10 Nota: La directora de la institución Sartawi Sayariy, Ing. Patricia Morales, gentilmente nos facilitó el informe de la evaluación externa de impacto en la comunidad de Parajrani, realizada por la agencia de cooperación EED-Pan Para el Mundo el año 2011.

También se percibe una notable mejora en la dotación de alimentos de autoproducción y comercialización de excedentes. Por una parte se observan mejoras en bienes durables como son los aspectos físicos de las viviendas (techumbres, estucos, pinturas, etc.) y en su habitabilidad (p.e. mobiliario). En una segunda dirección los ingresos adicionales han estado orientados a adquirir bienes de consumo, tales como vestuario personal y adquisición de electrodomésticos. En la comunidad de Parajrani se ha producido un notable incremento y consolidación de la base productiva agrícola. Hay un salto cualitativo de una agricultura de subsistencia a una agricultura ligeramente productora de excedentes. Se ha logrado la generación de ingresos monetarios por concepto de venta de la producción excedentaria y, lo que es muy notable, la disminución de la migración temporal para la generación de ingresos extraprediales. También se ha logrado un aumento de la capacidad de ahorro y de inversión en lo productivo (incremento del número de ganado). La producción más permanente de alimentos disminuye el gasto por concepto de compra de estos alimentos. El incremento de la importancia del trabajo intrapredial para la economía familiar y, en particular para las y los adolescentes, les permite encontrar una alternativa real ante la migración definitiva. La dinámica productiva-económica inicial lograda ha abierto a muchas familias la posibilidad de generar visiones para un mayor aprovechamiento de su sustento productivo y hay una predisposición para realizar inversiones productivas estratégicamente importantes.

En la comunidad de Parajrani, gracias a los nuevos sistemas de riego y al manejo de suelos la condición de empoderamiento es palpable. Los comunarios han aumentado su capacidad de demanda y agendamiento de los temas que les son prioritarios, poniendo en el centro de la vinculación con el municipio el tema del desarrollo productivo agrícola. En este marco manejan los elementos de planificación y presupuesto –POA y PDM– y establecen vínculos estrechos de control social directamente sobre el alcalde, sub alcalde e integrantes del Comité de Vigilancia. La comunidad hacia su interior se ha organizado y ha densificado sus relaciones. Existe un Comité de Agua, un promotor socio-organizativo para el relacionamiento con el municipio y otros actores del desarrollo.

La implementación del sistema de riego, que dispone de canal primario y mejoramiento de la capacidad de aprovechamiento de las fuentes de agua,

ha permitido modificar el paisaje local. La superficie de riego promedio para cada parcelero ha crecido hasta alcanzar más de 5.000 m², muy por sobre los 700 m² que podían regar al inicio del proyecto. Esto ha permitido diversificar sus rubros y disponer de productos agrícolas que satisfacen las demandas y necesidades nutricionales de las familias, generando al mismo tiempo excedentes que son comercializados. El ingreso bruto que proviene de las parcelas ha aumentado multiplicándose por 3,75 en los niveles más bajos y hasta por 10 veces en los casos más altos. Estos nuevos ingresos permiten disponer de un poder adquisitivo que se orienta en primer lugar a mejorar la vivienda y su habitabilidad. También hay mayor soporte económico para apoyar la educación de los hijos. Sin embargo, en este aspecto se puede vislumbrar un riesgo a un impacto negativo en la medida que los cambios en el patrón de consumo haga a las familias de la comunidad más dependientes, ejerciendo mayor presión sobre los recursos naturales disponibles y modificando de paso sus patrones culturales.

3.6.2 De la agricultura de subsistencia a la excedentaria

El riego y manejo de suelos ha llevado a las familias comunarias a pasar de una agricultura de subsistencia y marginal, a una que poco a poco va conformando su carácter de una agricultura integrada por productores orientados al mercado. Lograr alcanzar un desarrollo agrícola que esté en armonía con el medio ambiente y que brinde de forma sostenible los bienes necesarios que satisfagan las necesidades de las familias en una proyección de largo plazo, requiere que los comunarios puedan avanzar en mayores innovaciones como la mejora del germoplasma y la tecnificación de sistemas de riego por goteo (Pizarro y Krekeler mayo 2011).

3.7 Percepciones sobre la pluriactividad como negación del concepto de campesino

3.7.1 Los jóvenes son los que más emigran

En las comunidades en las que la agricultura es a secano, los rendimientos son muy bajos y la producción es escasa, la migración en búsqueda de mejores oportunidades laborales se da sobre todo entre los jóvenes. En

estas comunidades “tradicionales” y de “mercantilización de la subsistencia” (Bernstein 2016) la mayoría de la población es adulta mayor y femenina. En cambio, cuando se trata de comunidades o regiones que tienen mejores condiciones de productividad (por ejemplo riego estable durante todo el año), las actividades agrícolas y pecuarias requieren de intensa mano de obra y del concurso de toda la familia. Esto cohesiona y fortalece el sentido de clase “campesina”, de identidad étnica cultural “indígena” y el carácter de “agricultor familiar” que da lugar a trabajadores agropecuarios de tiempo completo o dedicación casi exclusiva a labores agrarias.

La condición básica es que –en estos casos– los rendimientos de la tierra y del trabajo generan ingresos suficientes para cubrir los gastos así como algunos márgenes de ahorro que luego se invierten especialmente en el mejoramiento de las condiciones productivas del predio (manejo de suelos, construcción de terrazas y canales, infraestructura para el acopio, la transformación básica y la comercialización), con lo que el acervo de capital se multiplica y las condiciones de vida de las familias mejoran (Pizarro y Krekeler mayo 2011). Por otra parte, cuando los precios de los minerales están altos y hay yacimientos de algún tipo cerca, la actividad minera informal es la primera opción laboral que se busca y son especialmente los jóvenes los que –luego de muchas dificultades y requisitos– logran entrar a las cooperativas mineras invirtiendo todo el capital de la familia.

Las normas tradicionales de usos y costumbres en las comunidades tradicionales limitan las libertades de los jóvenes y en muchos casos estos jóvenes “escapan” a las ciudades en búsqueda de emancipación y de mejores condiciones de vida. Con todos sus riesgos, las ciudades les ofrecen a los jóvenes mayores opciones de vida y de libertad. De esto se desprende que la familia rural reduce su fuerza de trabajo de acuerdo a las posibilidades de rendimiento de la tierra y expulsa sin parar mano de obra joven a otros espacios económicos y geográficos para que “puedan ganarse la vida”.

A su vez, muchas personas mayores al entrar a la tercera edad retornan al campo porque ya no encuentran ningún trabajo en la ciudad.

3.7.2 La condición de clase del campesino

Cuando la actividad laboral se diversifica y el espacio físico de trabajo se dispersa geográficamente las identidades se complejizan y la conciencia de “clase campesina” prácticamente desaparece. Esto ocurre en diferentes gradaciones según la inserción en el mundo de la informalidad urbana. Cuando esto ocurre, surge la identidad gremial corporativa que puede ser temporal, mientras dure el trabajo o la ocupación (carpintero, mecánico, chofer, albañil, comerciante, carnicero, lechero, tractorista, panadero, dirigente vecinal o político, policía, maestro) aunque parte del tiempo lo dediquen a actividades agropecuarias temporales y esporádicas. Algunos afirman que a pesar de ello, logran mantener su identidad étnica quechua o aymara ligada a un sentimiento colectivo de origen ancestral.

Como en Bolivia casi no hay suficientes plantas industriales y la relación obrero-patronal es una excepción (salvo en la industria de la construcción) el autoempleo es el denominador común de los trabajadores informales que conforman la gran mayoría de los empleados dentro de la población económicamente activa de Bolivia. Por eso mismo es que ahora algunas organizaciones y movimientos rurales como la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) tienen dificultades de convocatoria, legitimidad y representatividad. Además, las políticas de gobierno de cooptación y relaciones clientelares influyen decisivamente en la agenda reivindicativa de las organizaciones y mina la construcción colectiva de visiones estratégicas o programas de transformaciones sociales, políticas y económicas.

Hoy en Bolivia no hay un sujeto social rural-campesino revolucionario, no hay un actor protagónico de las luchas sociales ni de la reivindicación por la tierra como lo hubo a mediados del siglo pasado y cuyas luchas cristalizaron con la Reforma Agraria de 1953. Pero si hay, por ejemplo, un sujeto social combativo como las juntas de vecinos de El Alto, o la Federación de Cooperativas Mineras, o el Sindicato de Transportistas o de Productores de Coca. Según Kay (2009), los campesinos de América Latina hoy en un momento son campesinos y en otro son obreros, dependiendo de su inserción en el modelo neoliberal. Se trataría de un proceso de semi-proletarización.

En Bolivia, los campesinos involucrados en la pluriactividad acaban adoptando múltiples identidades no campesinas y, por tanto, se estaría consolidando una nueva clase social aún más compleja de entender.

3.7.3 La negación del concepto de campesino

En Bolivia desde hace años, pero muy particularmente durante las últimas décadas marcadas por discursos y narrativas anti neoliberales, antiimperialistas, procampesino y proindígena, se está viviendo un acelerado proceso de descampesinización que debilita la composición de clase y la fuerza política, social y económica del campesinado. La población rural está disminuida al igual que la población campesina y estos pobladores rurales en muchos casos ya no se auto identifican con el concepto de campesino sino con el de agricultores o de productores.

Pero además, muchos ya no se llaman a sí mismos campesinos ni quieren ser llamados campesinos porque ese concepto se asocia a lo tradicional, al pasado republicano y colonial, al atraso y la pobreza, a la exclusión étnica. Otros, sin embargo, aunque se dedican a múltiples actividades laborales se siguen llamando campesinos cuando están en su predio y en las reuniones de su comunidad, pero cuando están participando de la reunión de la Junta de Vecinos de El Alto, son “vecinos” y cuando están con los de su gremio se llaman como ellos (transportista, comerciante, músico...). Simbólicamente diríamos que “tienen varios sombreros” y circunstancialmente usan el que corresponde para cada caso (entrevistas realizadas por TIERRA, 2016).

Muchos prefieren ahora llamarse ciudadanos, alteños, o simplemente aymaras o quechuas. Esto se refuerza por la pluriactividad, la migración y la intensa movilidad geográfica y social.

3.7.4 Múltiples identidades

“Las ciudades bolivianas se caracterizan por su multilocalidad; es decir, por los múltiples e importantes enlaces que residentes urbanos mantienen con familias y comunidades en otros lugares. El concepto de lo multilocal surge de estudios rurales recientes que describen nuevas formas de economía y organización social rural. La disminución de ingresos agrícolas les ha obligado

a familias campesinas a involucrarse en múltiples actividades alternativas. La 'multilocalidad' es un intento de mantener alguna medida de 'capital' (tanto económico como social) en diferentes ámbitos en los cuales sus posiciones están sumamente inseguras" (Cielo y Vásquez 2011).

En las ciudades los campesinos en realidad dejan de ser campesinos pero tampoco son obreros porque no hay industrias y tampoco existe una relación obrero patronal. Lo que prima más bien es el auto empleo precario y por ello la realización de multiactividades para sobrevivir los lleva a adquirir múltiples identidades. Su identidad entonces es gremial, no solamente es temporalmente campesino sino que también es temporalmente comerciante, artesano (carpintero, mecánico, metalúrgico, herrero), albañil, minero o chofer.

"En mi urbanización de El Alto los conozco como la palma de mi mano... algunos se dedican a la albañilería, unos 4 o 5 como carpinteros, otros van a los Yungas a sembrar coca, vuelven aquí y se van a trabajar de alguna cosita y también se vuelven a cosechar coca, a veces salen a trabajar de choferes, mayormente de chofer asalariado, unos cuantos también tienen su movilidad, también hay mecánicos, unas tres familias. Así trabajando de todo nos ganamos el pan de cada día..." Los únicos que tienen trabajo seguro son los militares, los policías y los profesores aunque ganan poquito. Pero a veces los policías y los maestros, durante las noches y los feriados igual están volanteando" (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

Así, los conceptos tradicionales de campesino o de obrero quedan muy pequeños y no explican la multiactividad de los miembros de la comunidad donde aparecen y se yuxtaponen varias actividades en un mismo actor social. Por eso muchos habitantes del campo, del área rural, ya no se llaman a sí mismo "campesinos" si no aymaras, ciudadanos o productores agropecuarios. En la comunidad Taypi Llanga de Patacamaya todos son multiactivos. Al parecer no existe ninguna persona que no tenga diversas ocupaciones. Por lo expuesto anteriormente, los "aymaras" o "quechuas" que se dedican a medio tiempo o tiempo parcial a la agricultura o la ganadería logran mejores condiciones de vida que aquellos campesinos que se dedican a la tierra a tiempo completo. Los multiactivos serían menos vulnerables porque logran diversificar sus fuentes de ingresos, diversifican también sus riesgos y aumentan su bienestar, pero ya no son campesinos en el sentido estricto de la palabra.

Sin embargo, este hallazgo –las múltiples identidades– se puede interpretar de dos maneras. Por un lado hay quienes piensan que la pluriactividad sería una especie de descomposición del ethos campesino, el camino que llevaría casi ineluctablemente a la descampesinización y que la última etapa del agricultor a medio tiempo –antes de desaparecer– sería la de residente. Por otro, se afirma que el campesino a medio tiempo llegó para quedarse, que es la nueva naturaleza del campesinado en el siglo XXI y que no es una forma fugaz o pasajera, sino que es su nueva naturaleza de clase, más compleja, más flexible, más dúctil, menos combativa y más pragmática, más adaptativa a los cambios en la sociedad y economía nacionales.

La pluriactividad no sería exclusiva de los migrantes si no que parece ser la condición socio económica del conjunto de la población en las últimas décadas. Para salir de la extrema pobreza, los campesinos –quieran o no– tienen que convertirse en pluriactivos y eso los obliga a tener identidades diversas. Sin embargo, no existiría diferencias muy marcadas en las condiciones de vida entre los agricultores familiares a tiempo completo y los agricultores familiares a medio tiempo, ya que de alguna manera todos están atrapados en la pobreza.

Pero, la relación campo ciudad es de ida y vuelta. Para los adultos mayores y ancianos que tienen alguna renta, el volver a sus comunidades es como un seguro de vida donde se “retiran” hasta el final de sus días. En cambio, los jóvenes que ya no regresan al campo y tampoco reclaman sus derechos sobre la tierra habrían dejado definitivamente de ser campesinos. En el caso de los residentes, posiblemente es cuestión de una generación más para que este tránsito ocurra.

En resumen, el campesino a medio tiempo sería una expresión de crisis en la que los campesinos a medio tiempo –antes agricultores a tiempo completo– han perdido una oportunidad de trabajo, de ingresos estables, de vida, de movilización social y de poder político y económico. Este nuevo campesino, el campesino del siglo XXI, sería cada vez menos agrícola y menos relevante económica, social y políticamente.

4. BALANCE Y CONCLUSIONES

Los pobladores rurales del altiplano y valles forman parte de una sociedad que debido a las limitaciones estructurales en el acceso a tierra y recursos productivos ha tenido que desarrollar diversas estrategias de atenuación de la presión demográfica permanente sobre los escasos recursos que controla. Históricamente, estas comunidades campesinas e indígenas son expulsoras de población. Los movimientos migratorios hacia los centros urbanos y zonas de nuevos asentamientos humanos (zonas de colonización) se han traducido en bajas tasas de crecimiento poblacional del sector rural, persistentemente por debajo de las tasas de crecimiento del sector urbano. Los datos censales que disponemos desde 1950 indican que la población rural crece cada vez a tasas menores y en algunas regiones (Chuquisaca y Cochabamba) el decrecimiento poblacional en el sector rural y en términos absolutos es una realidad innegable.

Los movimientos migratorios han crecido en número de población involucrada, rutas de migración y motivaciones económicas. La presencia creciente de bolivianos nacidos en la región andina pero viviendo establemente en otras regiones urbanas y rurales está bien documentada tanto por los estudios rurales como en los registros de datos y estadísticas oficiales. En las últimas tres décadas las migraciones campesinas también se han expandido hacia Brasil y Argentina traspasando las fronteras nacionales, creando nuevas rutas, nuevas relaciones sociales y estrategias económicas para las futuras generaciones. Diríamos que este tipo de movimientos en general son migraciones unidireccionales o definitivas.

En este trabajo en particular nos hemos interesado por los migrantes que no cumplen con este patrón migratorio unidireccional. Esto quiere decir que nos hemos enfocado en los migrantes que cabalgan entre el mundo rural y urbano, en los que cierran la brecha campo-ciudad con permanentes idas y retornos. En los últimos años, una parte significativa de la población rural fluye, interactúa y rompe esquemas al estar conectada tanto a sus comunidades rurales de origen y a la vez a los centros urbanos y regiones más

distantes. Es un cambio social más complejo que las tradicionales prácticas campesinas de migración temporal, especialmente en épocas de baja actividad agrícola, para emplear su fuerza de trabajo en mercados urbanos, establecerse de forma precaria en los propios lugares de trabajo (mercados campesinos, tambos, zonas de zafra o cosecha, casas en construcción) y al final del ciclo retornar a sus comunidades con los ahorros obtenidos para reincorporarse a la actividad agrícola y pecuaria. En otras palabras en este trabajo hemos buscado valorar la importancia de la pluriactividad o agricultura a tiempo parcial que cada vez se practica más en las comunidades del altiplano y valles.

Algunos de los elementos que debemos destacar de este ejercicio se resumen en los siguientes puntos.

4.1 Quiénes son los campesinos pluriactivos

En la primera sección dijimos que una manera de entender la pluriactividad es según los propósitos con que el campesino la adopta como parte de sus estrategias económicas: i) pluriactividad orientada a salvaguardar la unidad productiva agropecuaria, ii) pluriactividad orientada a la sobrevivencia y iii) pluriactividad orientada a la consolidación de la migración campo-ciudad.

Dado que nuestro interés se centra en la población que fundamentalmente mantiene nexos con la agricultura, la última categoría de pluriactividad queda fuera del alcance de este trabajo porque más bien se trataría de migrantes unidireccionales o definitivos que pierden vínculos con la agricultura rápidamente. En esta categoría caben aunque no exclusivamente los “residentes”. En sentido estricto son excampesinos que además se autoidentifican como tales o prefieren identificarse según su nuevo oficio o profesión: asalariados, transportistas, comerciantes, mecánicos, pequeños emprendedores, profesores o educadores, entre otros. Al parecer la especialización deviene de un proceso pluriactivo de generación y acumulación de ganancias que en sus inicios incluye la explotación agrícola marginal, todo con el fin de establecerse en los centros urbanos. No son campesinos pluriactivos sino trabajadores urbanos pluriactivos y/o especializados. Un aspecto interesante que ratifica este estudio es que este grupo social a me-

nudo mantiene relaciones sociales y de tipo comunitario con sus lugares de origen al ejercer cargos de autoridad o de representación y, a cambio, preservan el acceso a sus tierras familiares. La retención del control y acceso a la tierra por parte de residentes que no la trabajan o la trabajan insuficientemente emerge como un tema conflictivo y polémico, más aun en regiones donde persisten con fuerza los nexos entre “residentes” y sus comunidades de origen. Por tanto, la pluriactividad de los residentes al asumir responsabilidades comunales como autoridades campesinas o indígenas o al trabajar marginalmente su tierra para cumplir con la Función Social no tiene una connotación económica sino principalmente social y de pertenencia étnica. Los residentes estarían cumpliendo la Función Social de la tierra de una manera significativamente distinta a lo establecido en las leyes agrarias.

En cambio, la pluriactividad orientada a salvaguardar la unidad productiva agropecuaria es esencialmente una estrategia para reforzar o revitalizar la vida en el campo. Esto significa que el lugar de residencia estable es el solar campesino pero la precariedad en los ingresos familiares de origen agropecuario obliga a muchos campesinos a ingresar al mundo laboral también precario, al multiempleo, la multiresidencia y la alta movilidad geográfica y espacial y de esa manera los ingresos adicionales extraprediales obtenidos serán gastados o invertidos para reproducir la vida rural. La marginalidad del sistema productivo agropecuario presiona a los trabajadores del agro a generar ingresos monetarios complementarios. La introducción de insumos agrícolas de origen externo al predio campesino como los agroquímicos, semillas certificadas o pesticidas implica una mayor dependencia de los mercados externos. Otros cambios en el agro como la mecanización agrícola, la masificación del transporte motorizado o la introducción de ganado de raza mejorada también presionan a la familia campesina a diversificar y encontrar otras fuentes de ingreso que generalmente tienen lugar a través de la venta de la fuerza de trabajo familiar. Es decir, preservar y mantener la pequeña unidad productiva rural demanda un flujo permanente de ingresos y egresos monetarios por encima de lo que podría generar la actividad agropecuaria por sí sola. La información cualitativa recogida nos permite sugerir que al menos un sector de los campesinos pluriactivos se involucra en distintas actividades extraprediales y extra-agrícolas para subvencionar el funcionamiento de la unidad productiva agropecuaria.

Pero la pluriactividad de la población estante en la comunidad también estaría motivada por otras necesidades básicas que estaban ausentes en los sistemas productivos tradicionales del pasado. Las transformaciones recientes en los hábitos alimentarios han cambiado la composición de la canasta básica. Hoy en día en el campo está bastante extendido el consumo de productos de origen agroindustrial y alimentos procesados como el azúcar, aceite, fideos, arroz, refrescos embotellados con gas, pollo de granja y otros (Fundación TIERRA 2013). Estos alimentos procesados se imponen en la vida cotidiana del campo a los productos de origen campesino y a las formas tradicionales de preparación de alimentos que demandaban mayor tiempo para su elaboración y procesamiento. Sin embargo, los entrevistados afirmaron que hoy en día los productos obtenidos de la pequeña agricultura no se destinan mayormente al mercado sino para el autoconsumo. Si esto es así, la disponibilidad total de alimentos habría aumentado tanto por la vía de la compra de alimentos como por medio de la producción para el autoconsumo. Esto muy probablemente sea así aunque no del todo porque también es cierto que la producción global de alimentos de origen campesino tiende a la baja y, según región, incide en la disponibilidad, por ejemplo, del maíz, quinua, papa, diversos tubérculos, verduras y hortalizas y algunos animales menores de granja (gallinas, cuyes, ovejas, cabras). Entonces aunque con cierta cautela, se puede concluir que los volúmenes de producción campesina decrecen, y se producen solo como de forma complementaria para una canasta básica que también se nutre de productos procesados o de origen agroindustrial. Los recursos liberados (tierra, mano de obra, ahorros monetarios) se destinan para ampliar la producción de productos transables en el mercado (por ejemplo leche y derivados) o dedicarse con mayor intensidad a actividades extraprediales. Aquí cabe el concepto de “mercantilización de la subsistencia”¹¹.

Por último tenemos la categoría de pluriactividad orientada a la supervivencia. Básicamente nos referimos a las personas y familias de origen rural que se encuentran obligadas a involucrarse en diversas actividades y sin que puedan superar su situación de alta fragilidad y vulnerabilidad. La ines-

11 Bernstein (2016, 19) señala que la “mercantilización de la subsistencia” implica que los campesinos que tradicionalmente producían alimentos para autoconsumo, ahora se han transformado en “pequeños productores de mercancías” que tienen que ser transadas en el mercado para su subsistencia.

tabilidad tiene lugar porque este sector poblacional no tiene vínculos con fuentes estables de generación de ingresos dentro y fuera de la agricultura. La agricultura que practican es insuficiente por lo que están obligados a insertarse en trabajos eventuales generalmente en las ciudades. De muchas maneras es una población doblemente excluida.

El principal factor que provoca la pluriactividad de sobrevivencia parece ser el acceso insuficiente o casi simbólico a la tierra y otros factores productivos. Tienen acceso pero restringido o parcial. En esta categoría están generalmente los jóvenes campesinos y en especial las mujeres campesinas, quienes acceden a pequeñas parcelas de tierras con una restricción tal que no es posible establecer un nuevo solar campesino o unidad productiva agropecuaria. Las mujeres y los jóvenes en esta situación generalmente no se disgregan del hogar de sus padres. Están obligados a mantener una situación forzada de empleos esporádicos, explotación de tierras marginales, migraciones inestables y residencias temporales en el hogar de sus padres y/o parientes. Están parcialmente desocupados, buscan acomodarse en algún sector de la economía informal pero no logran sus propósitos¹².

Los alcances de este trabajo no permiten describir y analizar con mayor profundidad la pluriactividad de sobrevivencia, por tanto queda como un tema de trabajo para el futuro. Pero ciertamente no son solamente los jóvenes sin tierra o poca tierra los que están expuestos a situaciones de alta vulnerabilidad y marginalidad económica y social. No hay que olvidar que las ciudades y los centros urbanos con altas tasas de migración campo-ciudad a menudo son los que presentan los indicadores socioeconómicos más preocupantes: marginalidad, violencia, desempleo, inseguridad ciudadana, entre otros.

En resumen, la pluriactividad está presente tanto entre quienes viven establemente en el campo, residen mayormente en ciudades como entre la población vulnerable sin residencia fija. Todos son pluriactivos pero los ‘campesinos pluriactivos’ son quienes mantienen sus nexos con el campo y la agricultura o que no han podido transitar definitivamente hacia un

12 En parte, esta población podría tener paralelismos con la llamada “generación “Nini” en términos de marginalidad y exclusión social de una parte de la población joven que no encuentra oportunidades laborales ni sentido a los esfuerzos de estudiar. Este fenómeno se presenta especialmente en países con bajos niveles de empleabilidad para la población joven (García Acua 2012).

status social de excampesino convertido en trabajador urbano, pluriactivo o especializado. En la categorización que hemos ensayado caben entre 'campesinos pluriactivos' quienes se involucran en múltiples actividades para reforzar su modo de vida rural y quienes trabajan para la supervivencia en el campo y en la ciudad en condiciones de alta vulnerabilidad y fragilidad.

4.2 Integración campo-ciudad sin integración económica

El área rural tradicionalmente desconectada y marcadamente diferenciada de las ciudades, ha sufrido profundas transformaciones en las recientes décadas ante el desarrollo acelerado de la infraestructura caminera, la masificación de medios de transporte, la electrificación rural, la ampliación y universalización de la educación formal, la descentralización del Estado, la reciente expansión de telecomunicaciones y otros cambios de carácter estructural. Después de la Reforma Agraria de 1953 el sector rural de la región andina ha ido conectándose con las ciudades y de manera cada vez más visible por su importancia demográfica y las permanentes reivindicaciones políticas y luchas campesinas. Los distintos gobiernos al tener en mente que la agricultura a pequeña escala del campesino no ofrece posibilidades reales de expansión ni para el mercado interno ni externo, no se han preocupado por poner en marcha políticas con una orientación fuerte y sostenida hacia el desarrollo de las potencialidades económicas de los campesinos. En lugar de ello, priorizaron programas sociales y asistencialistas, incluyendo la creación de servicios sociales, educativos, salud, asistencia social y programas de lucha contra la pobreza.

Las políticas estatales pensadas e implementadas desde la ciudad hacia el campo, han generado algunas condiciones suficientes para eliminar varias barreras que separaban el mundo rural del urbano. Un factor fundamental ha sido la escolarización con base en el idioma español para que los hijos y nietos de los padres monolingües y beneficiarios de la Reforma Agraria de 1953 hayan desarrollado capacidades fundamentales para comunicarse con la población urbana monolingüe. La migración campesina hacia los países vecinos también ha sido posible gracias a la adopción/imposición del idioma español. Es muy probable que el bilingüismo sea el denomi-

nador común entre los campesinos dedicados a la pluriactividad mientras que el monolingüismo (aymara o quechua) posiblemente persiste mayormente entre los campesinos que viven establemente de la agricultura y en sus comunidades generalmente aisladas e incomunicadas. El monolingüismo español crece y está en ascenso entre los migrantes de origen rural, sus descendientes y los “residentes” establecidos en los centros urbanos. Durante las entrevistas y trabajo con los grupos focales se evidenció con claridad estas características y tendencias.

Un elemento que no ha sido evaluado a profundidad pero este trabajo ha identificado algunas pistas a seguir en el futuro es que la reducción de la brecha campo-ciudad (o su unificación por múltiples canales) no se traduce necesariamente en una mayor integración o articulación económica con la agricultura a pequeña escala. El agro del altiplano y los valles interandinos más bien se caracteriza por cambios económicos mínimos que tienen lugar dentro de la agricultura parcelaria y modestos proyectos de desarrollo agropecuario. La integración al mercado urbano de productos transables de origen campesino como la leche, quinua, papa, animales de carne y otros más, es más bien limitada y no genera nuevos polos económicos de gran importancia. La emergencia de los principales centros urbanos o incluso de ciudades intermedias (Patacamaya, Achacachi, Viacha, en La Paz otros en Oruro Challapata, Caracollo, o centros mineros en Potosí Llallagua, Siglo XX, Uncía) tiene estrecha relación con actividades no agrícolas como son los circuitos comerciales y de servicios que giran en torno a otras ramas de la economía. En el sur del altiplano, el repunte de la minería de los últimos años ha generado una dinámica económica creciente ante la subida de los precios internacionales y ciertamente reactivó nuevas fuentes laborales para el campesinado empobrecido. Pero este boom minero no dinamiza de la misma manera la economía agraria regional y local sino que reviste características propias de una economía extractivista que se abastece de alimentos de origen agroindustrial e importados. En consecuencia, estaríamos ante una articulación campo-ciudad sin integración económica. Los campesinos se acercan hacia las ciudades aprovechando las nuevas facilidades y las habilidades adquiridas como el bilingüismo en busca de mayores ingresos monetarios que no alcanza a generar la agricultura campesina por sí sola.

4.3 Comunidad campesina: seguro de migración para los jóvenes y refugio para los adultos mayores

Si aceptamos que la agricultura campesina no tiene relevancia económica para muchos migrantes residentes en las ciudades o encaminados firmemente a la migración definitiva pero que a su vez mantienen estrechos nexos sociales y comunitarios con sus comunidades de origen, una pregunta inevitable es ¿por qué ocurre este fenómeno? Existe abundante literatura sobre el valor cultural, social y simbólico que la tierra representa para los campesinos e indígenas. La multidimensionalidad de la tierra está presente en las reivindicaciones y luchas campesinas e indígenas que en los últimos años se han traducido en reformas legales para el reconocimiento de territorios como hábitats y espacios de vida de comunidades y pueblos indígenas.

Sin embargo, al examinar de cerca los altos costos económicos que implica el cumplimiento de la Función Social de parte de los migrantes (trabajar la tierra con una relación costo-beneficio desfavorable, ocupar cargos rotativos en la comunidad o erogar recursos económicos para fiestas patronales y obras públicas), las respuestas conocidas pueden resultar insuficientes. La información cualitativa y sobre todo las historias de vida recogidas para este trabajo, sugieren que los migrantes se esfuerzan por mantener lazos sociales con sus comunidades porque les provee una protección –real o imaginada– cuando emprenden el riesgoso, incierto y vulnerable proyecto de migración campo-ciudad. Es un seguro de vida o un seguro de migración especialmente para los jóvenes que se aventuran en múltiples emprendimientos y actividades. Incluso, la agricultura ofrece una subvención económica mínima en forma de alimentos básicos para los migrantes. Por supuesto que no es una garantía plena pero al menos la gente toma mayores riesgos sabiendo que en el peor escenario tendrá la posibilidad de retornar a su comunidad y reincorporarse a la agricultura¹³.

Pero nuestras entrevistas han confirmado otras razones más que explican la persistencia de los nexos sociales entre el campo y la ciudad. En las comunidades es más o menos habitual encontrar personas jubiladas que

¹³ Este tema ya fue abordado de forma preliminar en el texto “Los nietos de la reforma agraria” (Urioste, Barragán y Colque 2007).

viven de su renta de vejez y que decidieron retornar a sus comunidades aprovechando los lazos sociales mantenidos en el tiempo. Usualmente son jubilados del sector formal, ex policías, maestros de escuelas y colegios y empleados públicos que han tenido la suerte de tener un empleo relativamente estable para completar sus aportes de jubilación. Para estas personas, su solar campesino y sus tierras, aunque sin mucho potencial productivo, se convierten en un espacio de vida familiar y conocido para los años de vejez. Las rentas económicas periódicas que perciben abren este tipo de migraciones de retorno.

También es frecuente el retorno de adultos mayores sin renta de jubilación. Generalmente cuando la vida laboral activa concluye, su motivación principal para residir en la ciudad pierde fuerza y optan por retornar a sus comunidades. En estos casos la situación económica es mucho más precaria que la de los rentistas jubilados y puede conllevar una baja calidad de vida, por debajo del umbral de la pobreza. Este trabajo no ha explorado con detenimiento estos casos aunque una de las historias de vida testimonia explícitamente el caso de un migrante que decidió volver a su comunidad en solitario luego de haber creado las condiciones necesarias para la migración definitiva de todos los miembros de su familia. Este tipo de retornos no representa rupturas definitivas con la ciudad que sigue jugando el papel de soporte económico mediante ingresos directos e indirectos.

Otro atractivo de la comunidad campesina para los campesinos pluriactivos es el bajo costo de vida en relación con las ciudades. Aunque la dependencia del mercado se ha intensificado y la dependencia de los recursos externos crece con el tiempo, muchas comunidades todavía ofrecen vivienda, alimentos y una modesta forma de vida que no demanda un flujo permanente de ingresos y egresos monetarios. El bajo costo de vida del campo provoca, por ejemplo, que mientras los miembros hombres de los hogares rurales emplean su fuerza de trabajo en múltiples actividades extraprediales, las mujeres por lo general permanecen en sus comunidades no solo cumpliendo roles de género (reproductivos, productivos y comunitarios) sino trabajando la tierra directamente.

4.4 Conclusión

Con este trabajo hemos hecho una primera aproximación para examinar la importancia de la pluriactividad o la agricultura a tiempo parcial en las comunidades campesinas del altiplano y valles. No es un fenómeno nuevo pero se ha intensificado en los últimos años y décadas generando cambios sociales y económicos de relevancia para los estudios agrarios y rurales¹⁴. Intentar conocer mejor los rasgos más representativos de este modo de vida nos ha conducido a abordar la temática desde varios ángulos o entradas. Hemos argumentado que los cambios demográficos expuestos por los censos de población y vivienda no capturan del todo los movimientos migratorios dinámicos y multidireccionales ni las características de la pluriactividad, multiresidencia, multiempleo y otras variables no estáticas.

También hemos trabajado con información cualitativa para identificar algunas de las múltiples motivaciones y consecuencias de la pluriactividad. Al respecto hemos visto que su práctica no está asociada únicamente al empobrecimiento y marginalidad del campesinado que le obliga a buscar múltiples fuentes de ingresos sino también juega el papel de fuente de acumulación y generación de excedentes ya sea para establecer residencia en los centros urbanos o para revitalizar la pequeña agricultura campesina tan venida a menos. Ambas posibilidades están presentes aunque siempre en el marco de la tendencia de que la pluriactividad es sinónimo de fragilidad y marginalidad.

Destaca entre la información recogida que la pluriactividad está directamente asociada al marcado deterioro del entorno ambiental biofísico: sobreexplotación de la tierra, compactación y salinización de los suelos, erosión y pérdida del genoma local, falta de rotación de cultivos y descanso de la tierra, extrema fragmentación de las parcelas, laderas empinadas y accidentadas, falta de agua, riego y humedad, lluvias fuera de estación, heladas y sequías recurrentes. Los testimonios reiteradamente subrayan que los cambios climáticos exponen a los agricultores a una mayor incertidumbre sobre los ya imprevisibles resultados del proceso productivo. También hemos

¹⁴ Uno de los trabajos clásicos es Chukiyawu: la cara aymara de La Paz, tomos 1, 2,3 y 4 (Albó, Greaves y Sandoval 1981; 1982; 1983; Sandoval, Albó y Greaves 1987).

constatado que en lugares donde el acceso a los recursos naturales es favorable, la naturaleza es más generosa, existen apropiados sistemas de riego y de manejo de suelos; la dedicación a la agricultura es a tiempo completo. Son los campesinos a tiempo completo aunque cada vez menos relevantes demográficamente.

Una inquietud adicional ha sido indagar si la pluriactividad significa que la agricultura deja de ser el factor pivote que ordena y da sentido a la vida de las familias campesinas. Al respecto hemos visto un dislocamiento significativo entre los componentes económicos y sociales, siendo lo urbano el espacio de reproducción económica y lo rural el espacio de reproducción social. Para la población rural que practica la pluriactividad, la ciudad sigue siendo el ámbito de oportunidades económicas mientras que su comunidad de origen es el espacio de relaciones sociales y pertenencia étnica. La integración campo-ciudad es un hecho pero no conlleva una mayor integración de la agricultura campesina hacia los mercados urbanos y nacionales. Este tipo de dislocamientos provocados por la pluriactividad también generan multi-identidades. En suma, la agricultura está dejando de ser el único factor ordenador de la vida rural.

5. ANEXOS

Historias de Vida I

“Soy una persona visionaria”

Historia de vida de Ricardo Huaranca Perca

Wilfredo Plata¹

“Soy una persona visionaria”. Esa es la frase que gusta repetir Ricardo Huaranca Perca al recordar su historia de vida dedicada a diversas actividades como agricultor de arroz, café y cítricos en la comunidad de Nueva Alianza de los Yungas de Caranavi; como productor de hortalizas en Zamora su comunidad de nacimiento en el municipio de Ancoraimas, provincia Omasuyos; y actualmente dedicado al acopio y comercialización de café para exportación en la ciudad de El Alto, donde tiene su residencia principal.

También ejerció varios cargos sindicales tanto a nivel comunal como supramunicipal, en los Yungas y en el Altiplano. Reconoce que son espacios importantes donde se establecen complejas relaciones sociales y políticas con el mundo externo a la comunidad campesina, particularmente con las instituciones del Estado.

La vida de Ricardo Huaranca refleja las características actuales de miles de personas de origen campesino que motivadas por las pocas posibilidades de continuar la vida en sus comunidades de origen, debido principalmente a la escasez de tierra, han tenido que emigrar a otras regiones para diversificar sus ingresos económicos. La agricultura es una actividad más y no la principal, al contrario de sus antecesores para quienes la agricultura era la principal fuente de sustento económico e implicaba toda una cultura centrada en esta actividad. Otro rasgo es la doble o triple

1 Investigador de Fundación TIERRA. El texto se basa en la entrevista realizada a Ricardo Huaranca Perca el 28 de febrero de 2017 en su domicilio de la ciudad de El Alto. Se agradece a Rogers Choque por el contacto.

residencia, en el caso de Ricardo Huaranca, si bien la ciudad de El Alto es su residencia principal, también tiene otras viviendas temporales en su comunidad de origen Zamora en Ancoraimes y en la comunidad de Nueva Alianza en Caranavi.

Para fines de este trabajo, la historia de vida del personaje que abordamos aquí es entendida como un método de investigación cualitativa utilizado en diversas disciplinas de las ciencias sociales “debido a que ofrece información sobre la vida cotidiana; permite describir e interpretar procesos sociales desde la perspectiva vivencial de los sujetos y puede poner en primer plano la narración de hechos y vidas de personas y grupos [...]” (Ruiz 2006, 25). En concreto, nuestro interés es focalizar la trayectoria de vida referente a “empleo y ocupaciones” (Barragán y otros 2011, 167) en las que se desempeñó y se desempeña en la actualidad Ricardo Huaranca.

Además, otro rasgo que resalta la historia de vida de Ricardo Huaranca es que su narrativa está íntimamente relacionada con la “institución comunal” y territorial (Damonte V. 2011, 119), es decir, sus actividades sociales, políticas y laborales principalmente como agricultor tienen como punto de referencia a las comunidades campesinas donde realizó sus actividades: Nueva Alianza en los Yungas de Caranavi y Zamora en Ancoraimes y, además como vecino de Villa Mercedes Distrito N° 8 de El Alto, donde le correspondió prestar servicio como dirigente de la Junta de Vecinos. De acuerdo con Damonte (cit., en Mejillones y otros 2015, 41) este tipo de “narrativas integran discursos y prácticas sociales que tienen una dimensión territorial explícita y evidente”.

Es más, Damonte resalta que son “historias que se enlazan y recrean en la práctica social actual” y son “inherentemente colectivas puesto que siempre asocian el espacio a un grupo social, no a un individuo”. Lo dicho está plenamente acorde con lo narrado por Ricardo Huaranca cuando menciona: “Yo lloro siempre para mi comunidad Zamora en Ancoraimes donde nací, y voy a llorar siempre para mejorar esa comunidad. Lo que estoy pensando se va a plasmar”.

A continuación sintetizamos la historia de vida de Ricardo Huaranca Perca en cuatro grandes periodos: 1) como productor de arroz y café en los Yungas; 2) el retorno a su comunidad de origen Zamora en Ancoraimes, 3) su

vida vecinal en El Alto y como acopiador de café y 4) sus nuevos planes productivos y el futuro de su comunidad. En los cuatro periodos el rol de dirigente sindical y vecinal es transversal.

Producto de arroz y café en los Yungas

Ricardo Huaranca migró antes de los 10 años a la comunidad de Yurumani, cantón San Juan de Challana Guanay en los Yungas de Larecaja, donde vivía su hermana mayor. Allí aprendió a producir arroz, walusa, yuca, cítricos y frutas como el banano. Para continuar sus estudios secundarios se trasladó al centro urbano de Caranavi donde trabajó de portero de la alcaldía. Definitivamente, el cuartel y el servicio militar fue el punto de quiebre porque a partir de entonces supuso formar familia y establecerse en la comunidad Nueva Alianza en el municipio de Caranavi. Con orgullo recuerda que fue uno de los fundadores de la colonia Nueva Alianza, antes denominada colonia, ahora con la nueva Constitución Política del Estado pasó a denominarse como “comunidades interculturales”.

Recuerda que cuando vivía en los años ochenta en la comunidad de Yurumani en la región de Guanay, el precio del quintal de arroz bajó a 30 Bolivianos, “con ese precio no se podía abastecer ni vendiendo 10 ni 20 quintales, mientras que en Caranavi el precio del café subió a 500 Bolivianos, por ello me fui a Caranavi porque [dije que yo] también puedo ser agricultor de café, he visto cooperativas asociativas, he visto asociaciones económicas como exportaban café. Yo perfectamente veía esas cosas, porque soy una persona visionaria, me gustaba también ese interés de experimentar”.

Generalmente se siembra de tres a cinco hectáreas de café por familia, una planta de café dura 15 años con buen manejo que incluye el podado cada año. La cosecha se realiza en diferentes meses del año marzo, abril, julio agosto dependiendo de la ubicación: en la parte alta o baja, para ello se debe contratar un mínimo de 10 personas, cada trabajador cobra por lata de fruta cosechada y el precio del jornal se fija de acuerdo al precio nacional del café. “Luego me salí a Caranavi a la colonia Nueva Alianza donde estuve hasta el año 2000, salí por motivos de salud. Mis hermanos mayores, hermanas y sobrinos siguen allí. Desde el año 2000 vivo en la ciudad de El Alto, La Paz”. Mientras vivía en la comunidad Nueva Alianza, Ricardo Huaranca dice que

la producción de café, arroz y cítricos le ocupaba todo su tiempo y no podía dedicarse a otras actividades. Se ganaba bien y daba para vivir. Por tanto, no se puede hablar propiamente de pluriactividad, más bien se podría decir que, en esa época, él era un agricultor a tiempo completo. Dedicarse de lleno a esta actividad a la postre le significaría convertirse en un destacado líder, fue el inicio de su actividad dirigencial sindical. Como dice “he tomado muy joven la experiencia de ser dirigente sindical a nivel de Caranavi”, pues a sus 23 años ejerció el máximo cargo de la Federación Agraria Especial de Colonizadores de Caranavi (FAECC).

En ese trance resalta dos aspectos: en primer lugar, durante su gestión a la cabeza de la FAECC se creó la provincia de Caranavi, en 1992. Con precisión y mucho orgullo señala que fue durante el gobierno de Jaime Paz Zamora que se aprobó la Ley de creación de la nueva provincia y en ausencia del presidente fue el vicepresidente Luis Ossio Sanjinés quien promulgó la norma. En segundo lugar, rememora que la creación de la provincia permitió que Caranavi reciba el denominativo de “capital cafetalera de Bolivia”². Con la mira de exportar café para el sostén de su familia, Ricardo Huaranca afirma: “De ahí que hemos visto que más negocio es exportar café, ese es nuestro interés, que la provincia Caranavi sea la puerta o la capital cafetalera, así se llama”. En la actualidad su parcela de tierra está a cargo de su hijo mayor, su esposa viaja a Caranavi como gremialista, está asociada en Caranavi donde cada semana vende verduras y granos y así contribuye con ingresos a la familia.

El retorno a la comunidad de origen: Zamora en Ancoraimes

Huaranca dice que mantuvo contacto con su comunidad de origen debido a que su madre vivía allí. Por problemas de salud debió dejar Caranavi y se estableció en la ciudad de El Alto el año 2000. En seguida reestableció una relación estrecha con Zamora, su comunidad de origen en Ancoraimes. Sin embargo, reconoce que en Ancoraimes la tierra es muy pequeña y poco productiva en comparación con la abundancia de la producción de arroz y café en Caranavi, “en Ancoraimes la cosecha no es suficiente para vender,

2 En la década de 1990 se dio un boom productivo de café en los Yungas de La Paz, se implementaron varios proyectos como el “Mojsa café” en el cantón Calama de Caranavi (Zaap 2000), con el apoyo de la cooperación internacional.

entonces allá he criado vaquita, ovejita, gallinitas, vendiendo en la feria del jueves y domingo vive el comunario y la comunaria”. También menciona que tiene media hectárea de tierra donde cultiva algunos productos como cebolla, haba, cebada en grano, tarwi. La cebolla y los granos son para la venta.

Cuando habla de su comunidad tiene un apego particular, puesto que su aporte fue poner todo el bagaje de su experiencia adquirida en los Yungas. Por ello, colaboró en poner en marcha varios proyectos uno de ellos de producción de cebolla para que las mujeres comercialicen en las ferias locales. Actualmente está trabajando en la implementación de un proyecto sobre la producción de cerámica de arcilla que existe en la comunidad. Este proyecto se ha presentado en Madrid España y a la Unión Europea y se espera que a mediados de 2017 haya resultados y la piedra fundamental del proyecto sea colocada en su comunidad Zamora este año. La idea de justificación del proyecto es generar ingresos económicos para las familias de la comunidad. “Los comunarios jóvenes, cholitas en su mayoría, están buscando venirse a la ciudad, esa migración queremos frenar con esta fuente laboral”. “En las escuelas en las comunidades de la región hay muy pocos alumnos, un profesor está con seis o siete alumnos. Dos maestros están con 10 con 12 alumnos, no puede ser”.

Las acciones que realiza Ricardo Huaranca buscan la revitalización de la comunidad mediante alternativas no agrícolas de ingresos para los habitantes de su comunidad.

Otra fuente de ingreso de Ricardo Huanca es la minería, es socio de la cooperativa minera en su comunidad. Precisa al respecto que como cooperativa trabajan y comparten las ganancias y venden el mineral. “Una o dos personas se encargan de vender el material del mineral como wólfam, estaño, plata”. Esta actividad es aún incipiente y necesita apoyo técnico y tecnológico, señala.

Vecino de El Alto y acopiador de café

Ricardo Huaranca vive en esta urbe desde el año 2000, y su principal fuente de ingreso proviene de la actividad como acopiador de café, es decir, compra principalmente café y también bananos de los productores en su

antigua comunidad Nueva Alianza de Caranavi y otras regiones como Alto Beni, Apolo, Chulumani, luego comercializa este producto vía la Asociación Agroindustrial de Productores de La Paz para exportación. La Planta procesadora está ubicada al frente de la Embotelladora la Cascada en la carretera a Viacha. La Asociación es una organización social creada por las organizaciones sindicales de las 20 provincias de La Paz, señala. Una vez “procesado, secado, trillado, escogido con las señoras palliris, eso en pergamino verde, se despacha en Contenedor para exportación vía marítima por Arica, eso va a Estados Unidos, Rusia, Hamburgo en Alemania”.

Desde la ciudad de El Alto realiza actividades sindicales en su comunidad Zamora en Ancoraimes y viaja a los Yungas en la época de cosecha de café para acopiar ese producto. También le correspondió formar parte de la directiva de la Junta de Vecinos de la zona Villa Mercedes Distrito 8 en la gestión 2010–2011, la principal obra concreta que apoyó es el adoquinado de la avenida donde tiene su domicilio, con financiamiento de FPS.

Nuevos planes productivos y el futuro de la comunidad

A sus 55 años de edad Ricardo Huaranca afirma que “aún me siento joven”, y tiene nuevas ideas de proyectos productivos, esta vez, cuenta que está organizando con otras personas una fundación denominada FIDEBOL (Fundación Integral para el Desarrollo Humano de Bolivia). La idea es producir plátanos (bananos), yuca, walusa; explotar madera en convenio con una comunidad indígena mosetén denominada Ipiri perteneciente a la organización indígena OPIM (Organización del Pueblo Indígena Mosetén) en la región de tierras bajas del Beni y Alto Beni colindante con los Yungas. Allí quiere “construir una planta procesadora de moler harina de banano, de yuca y de walusa”. Sin duda esta idea está basada en la experiencia de acopio de café para la exportación de los productos mencionados.

Menciona que los indígenas dudan del proyecto porque tienen otras normas ya que son TCO y no admiten fácilmente a los foráneos a no ser que sean yernos. Piensa que los beneficios para los indígenas serían la apertura o ensanche de caminos, la construcción de postas de salud, también ayudar en la parte educativa si es necesario.

¿Cómo hacer realidad este proyecto si “ya no hay donaciones”? la respuesta es que “podemos obtener créditos blandos” que se pueden pagar con la producción agrícola.

Para ahondar más en la idea de la Fundación veamos el testimonio de Ricardo Huaranca:

“Un amigo de Jesús de Machaca, Sabino Triguero Pairumani, actualmente vive en Taypi Playa, otro es Felipe Tapia que vive en Alto Beni en Sapecho, ellos son cacahueros [productores de cacao]. Entonces tienen una buena visión, también gente de Peñas, de Loayza con esa gente visionaria se ha organizado esta Fundación”.

“Qué bueno sería que nuestro gobierno fomente créditos, pero no es así... el gobierno siempre fomenta al sector Santa Cruz. Empresa privada. Pero nosotros en La Paz nos organizamos en pequeñas asociaciones en las 20 provincias de pescadores, quineros y otros sectores productores pero el gobierno no fomenta crédito. Si fomentara créditos nuestro gobierno de Evo Morales daría a este tipo de organizaciones qué mejor sería. Ya no buscaríamos pega, ya no estaríamos ambulando, sino que trabajaríamos no”.

Cuando le preguntamos sobre el futuro de la comunidad y si los jóvenes van a seguir el legado de sus padres, su respuesta y sus reflexiones son:

“A mis hijos que están solteros yo les hablé sobre la cuestión de arar la tierra en mi comunidad; mi hijo me dijo “voy a estudiar el campo de la agronomía, entonces él dice el terreno me puede servir para experimentar... Ahora mis hijos mayores están dedicados a la agricultura más que todo en los Yungas, pero estos dos menores que están conmigo a veces ya no quieren volver a la comunidad ni tampoco quieren hacer cargos sindicales, pero yo creo que cuando sean mayores, cuando desarrollen y cuando sean profesionales van a poder retornar. Yo ya no quería regresar a la comunidad, pero esta comunidad como un ajayu te hace llamar o como un imán te hace llamar y por sí vas, eso también va a llegar a los hijos. Los hijos y las hijas siempre van a querer reconocer el terreno del papá. Dónde ha nacido cómo ha vivido. Eso van a hacerlo seguro. Pero eso sí, sería nuestro descuido si no recomendamos en incentivar enseñar cómo se trabaja la agricultura. Yo tengo fe que los jóvenes van a regresar al campo al pequeño terreno del papá, aunque para dividir ya no hay tierra”.

Historias de Vida II

La exitosa vida de un agricultor a medio tiempo, compartida entre la ciudad y el campo: Historia de Jovito Oruño

Rubén Martínez¹

La vida del agricultor Jovito Oruño fue exitosa en la ciudad. Después de tres décadas de residencia compartida entre El Alto y la comunidad Taypuma Centro (municipio Waldo Ballivián, provincia Pacajes), de donde proviene, el balance para su familia es positivo: sus hijos lograron un mejor nivel de vida que el rural, su esposa que al principio no quería migrar del campo, ahora prefiere la ciudad, construyó una vivienda de dos plantas en aquella urbe, ha logrado comprar un tractor para las faenas agrícolas (un privilegio del que gozan pocos productores) y gracias a su oficio de tapicero de automóviles, solventa la manutención de su familia. Pero en su fuero más íntimo, Oruño no se desprende de la producción agrícola y ahora pasa más tiempo en su parcela que en su taller de tapicería. De esa manera, él sigue los pasos de sus padres pero confiesa que sus hijos ya no seguirán los suyos. Esta vida dividida le confirió una doble 'identidad', hizo de él un agricultor a medio tiempo, o, visto desde el otro ángulo, un agricultor residente en la ciudad.

La adversidad climática es una constante en la vida de los campesinos en el altiplano de La Paz, Bolivia. A cuatro mil metros sobre el nivel del mar y con una temperatura mínima promedio de menos dos grados centígrados, se enfrentan al granizo y la sequía con un estoicismo y serenidad forjados en generaciones de resistencia, algo que los especialistas no dudarían en llamar capacidad de resiliencia. Eso los aleja de poses falsas y evita un mayor desgaste en sus vidas. Pero los cambios socioeconómicos o transformaciones agrarias ocurridos en las últimas décadas –que no tienen un rostro tan concreto como el de una helada sobre sus cultivos de papa– afectan las fuentes de su subsistencia y obligan a los pobladores rurales a tomar

1 Periodista de Fundación TIERRA.

decisiones radicales: en algunos casos deben abandonar sus parcelas por tiempo indefinido, en otros por lapsos menores y controlables en busca de otras fuentes de ingresos. Se mudan a las ciudades más próximas a sus comunidades e incluso a urbes de países vecinos con la idea de vender mejor su fuerza de trabajo.

Así llegó Jovito Oruño a El Alto en 1985, un año antes de que esa urbe obtenga el estatus de ciudad. Entonces dejó de cultivar papa en la parcela de su padre Rafael Oruño. Había cumplido 22 años, estaba casado y tenía dos hijos, y la imperiosa necesidad de solventar la vida de su familia que vivía en la comunidad Tappuma Centro, distante apenas a 80 kilómetros de La Paz por carretera asfaltada, lo alejó de sus seres queridos y de su tierra, y tuvo que ir solo a la ciudad. Recuerda en su relato que antes de partir encargó “sus ganados” a su madre.

Su primer hogar urbano en El Alto fue un cuarto solitario que habitó en calidad de cuidador en un terreno propiedad de su tío Evaristo. Con una mezcla de nostalgia y pesadumbre en la voz, sentado en medio del patio de la casa de sus padres en su comunidad, recuerda: “Ahí vivimos porque no pagaba alquiler, solo del agua y la luz. Eso me ayudaba”. Como fue para Oruño, El Alto continúa siendo destino de campesinos que provienen del altiplano paceño forzados por la desazón económica y el sueño de mejores opciones de trabajo y vida.

Desde una visión analítica, Gonzalo Colque, investigador de la problemática agraria y director de Fundación TIERRA, afirma que “los pobladores rurales están atrapados en la extrema pobreza” y como una estrategia “...de vida son inducidos a una creciente ‘multiactividad y multiresidencia’, lo que implica menor tiempo de dedicación a la agricultura”.

Los resultados del último Censo Nacional de Población y Vivienda realizado en 2012, reflejan en forma palmaria esta realidad: el 89,82 por ciento de los 5.069 habitantes del municipio Waldo Ballivián viven en una condición de pobreza, de acuerdo con las variables de Necesidades Básicas Insatisfechas. La paradoja de este indicador y de esta historia de campesinos que abandonan su tierra y la agricultura para mudarse a las ciudades a trabajar como asalariados informales, es el crecimiento poblacional que en este municipio alcanza

al 305 por ciento entre el censo de 2001 y el último empadronamiento. Mirando desde otro ángulo, se puede afirmar que hasta el momento en que decidió migrar a la ciudad, Oruño fue parte de ese gran conglomerado de productores catalogado por los especialistas como agricultores familiares, porque cultivaba la tierra dentro de su familia y la mayor parte de los frutos obtenidos eran para el autoconsumo. En Bolivia este sector representa el 98 por ciento de las unidades productivas agrícolas (UPA), según los datos del último Censo Nacional Agropecuario de 2013, anotados y analizados por el investigador José Luis Eyzaguirre en el estudio “Importancia Socioeconómica de la Agricultura Familiar en Bolivia”. El restante dos por ciento está constituido por las UPA de grandes propiedades, muchas de las cuales están dedicadas al agronegocio, especialmente en Santa Cruz. Como Jovito, en el transcurso de su vida, muchos productores dejan la agricultura familiar y se convierten en “agricultores a medio tiempo”.

Nacido en Taypuma Centro en febrero de 1963, el joven Oruño decidió dejar su comunidad porque en la parcela de su padre no contaba con buenas condiciones para la producción agrícola y por tanto no lograba obtener un ingreso suficiente para sostener a su familia. Los intereses de su madre y de su hermano mayor se imponían y lo dejaban con la parte menos productiva de las 22 hectáreas de tierra que su padre recibió de la Reforma Agraria de 1953. “En la misma familia no somos iguales: como sembrábamos juntos, me daban la parte que no sirve. Me decían que siembre allí. Como era menor, tenía que aceptar. De esa manera dije que así nos tratarían cada vez, entonces prefiero irme”, reseña a sus 53 años de edad.

Pero los jóvenes rurales que llegan a las ciudades se enfrentan a un gran desafío por la sobrevivencia. Bajo el signo de la discriminación social, son empujados a la explotación laboral, al trabajo informal y sin goce de beneficios sociales ni estabilidad. Al amparo de su memoria, Oruño dice: “Allí, en la ciudad, no es fácil encontrar trabajo. Es difícil. Yo no sabía [hacer] nada, como [antes] vivía en el campo, tenía que hacer de todo lo que se podía. Hasta de electricista trabajé. Pero cuando uno es del campo siempre lo discriminan. He tenido que aguantar una y otra cosa”.

La dura realidad se repite hasta el presente, tal vez ahora con más intensidad debido a la mayor presión demográfica, mayor oferta de mano de obra

no calificada, la creciente depauperación laboral y el desmesurado incremento en la informalidad de la economía urbana. Después de tres décadas de vida en la ciudad de El Alto, Jovito Oruño ve así la situación de los migrantes rurales: “Los jóvenes van a probar suerte, pocos llegan a estudiar, la mayoría trabajan como albañiles, chóferes, vendedores, o lo que sea para la sobrevivencia. Pero también hay algunos que mejoran con su trabajo”. Con algo de tristeza repite: “[La mayoría] Terminan el colegio en el campo, se van a la ciudad, terminan el colegio en el campo y se van a la ciudad”.

Jovito, que es el menor de cinco hermanos, también vivió esta difícil inserción a la vida citadina. Contó con ayuda familiar para la azarosa incursión en la urbe alteña, pero esa experiencia le ha dejado un recuerdo penoso: “Mi hermano Nicolás tenía su taller de tapicería, así que allí estuve un tiempo en 1986. Como mi hermano era mayor, él no me pagaba. Era mi hermano, cómo le iba a cobrar también. Para comida me daba y nada más. Pero, ¿mi familia qué? Me preocupaba y me apenaba”.

Por lo visto en algunos casos, estas fuerzas adversas pueden estimular las ansias de superación de los migrantes. Tal vez por eso Oruño decidió independizarse de su hermano mayor y salió en busca de mejores ingresos. “Aprendí a ser tapicero y tomé la iniciativa. Abandoné a mi hermano y busqué otro taller en el año 87. Con eso me solventé y mandaba por lo menos algo [de recursos] aquí [al campo]”, recuerda con la satisfacción pintada en su rostro.

La combinación entre especialización e informalidad en las dinámicas económicas urbanas posibilita que ciertos oficios sean más rentables. En Bolivia en general y en El Alto en particular, no hay cultura ni fiscalización tributarias, de ese modo el precio rebajado de insumos que llegan por la vía del contrabando y la exigua remuneración por mano de obra posibilitan mayores ingresos a estas iniciativas privadas. Algunos agricultores que se fueron a vivir a El Alto se beneficiaron de esas ventajas y lograron un oficio ‘exitoso’: vieron coronadas sus expectativas de mayores ingresos y cierta estabilidad económica. Oruño es uno de ellos. Consolidó su oficio en la ciudad y llegando el momento llevó a su esposa Candelaria y a sus hijos a vivir en El Alto. Fue una decisión resistida por su cónyuge, quien no quería abandonar la vida rural. Pero él pensaba consolidar su actividad en la ciudad y quería un

mejor futuro para sus hijos. Lo cierto es que una vez en la urbe alteña, toda la familia se involucró y especializó en el trabajo de tapicería para vehículos. “Con el trabajo hemos cambiado, ha mejorado la situación. Hemos tenido un buen taller, ahí hemos mejorado. Después tuvimos a un chapista más, así que cuando no había trabajo de tapicería, ayudaba al chapista. Estábamos donde mi tío que tenía un patio grande. Ahí operamos bien”.

Se puede decir que fue entonces cuando su familia consolidó el alejamiento de la vida rural y agrícola. Wilma, la segunda hija de Jovito, recuerda que Edgar, su hermano mayor, se especializó a tal grado en las labores de tapicería, que en su juventud estudió mecánica automotriz en la Escuela Simón Bolívar. “Su sueño era abrir un taller grande de tapicería y mecánica automotriz”, comenta.

Reuniendo poco a poco los recursos que le reportaba la actividad agrícola y los que obtenía en la tapicería, logró costear una vida con cierto confort para su familia. Posibilitó que sus hijos estudien, los encaminó en un estilo de vida más urbano que rural y con mucho esfuerzo construyó una vivienda de dos plantas en la zona Huayna Potosí de El Alto.

Edgar, su primer hijo, consiguió su bachillerato en el Centro de Educación de Adultos y por ser el mayor, cargó con la responsabilidad de sus hermanos menores cuando sus padres estaban ausentes. Wilma recuerda que él “...trabajaba de voceador de minibús desde muy chico, luego aprendió el oficio de tapicería y ayudaba mucho a mi padre”. Pero las ansias de superación alejaron definitivamente a Edgar de la vida agrícola. La cercanía a los automotores derivada del trabajo en la tapicería de su padre, lo llevó a convertirse en mecánico automotriz y con compañeros de su carrera abrió un taller en El Alto. Luego estudió electricidad en un instituto. La buena calidad de su trabajo hizo de él “uno de los mecánicos cotizados en El Alto”, describe su hermana. Su fama le permitió ser contratado como mecánico oficial del cuartel de las Fuerzas Armadas ubicado en Curahuara de Carangas, Oruro. De ese modo, los automotores fascinaron a Edgar y le abrieron las puertas a una profesión rentable, pero desgraciadamente también terminaron con su vida en un accidente de tránsito cuando viajaba por la carretera a Oruro desde su taller al cuartel.

Wilma, tras su bachillerato tuvo la oportunidad de una beca por tres meses a Cuba para hacer trabajo social comunitario. “A mi retorno me incorporé a los programas de apoyo social del Gobierno en mi municipio: alfabetización, focos ahorradores, operación milagro con los médicos cubanos entre otros”. Luego, rememora, “poco o nada ayudaba a mi familia por lo tanto entré a la Universidad Mayor de San Andrés, al Programa Justicia Comunitaria donde me gradué como técnica superior”.

Candelaria y Jovito tuvieron dos hijos más: Verónica que, según cuenta Wilma, falleció siendo niña porque no tuvo una buena alimentación cuando vivían en el campo. “No había médicos ni nutricionistas en ese tiempo... el último es Franklin, quién ahora es instructor de música en instituciones privadas. “Su afán es la música”.

En la actualidad, Candelaria es quien más apoya a Jovito en el oficio que solventó gran parte de la vida de la familia, “...pero a veces Franklin, también ayuda”, explica Wilma.

Aunque Wilma y Franklin van con cierta regularidad a Taypuma y ayudan en las faenas productivas, su ritmo de vida es urbano. Por eso su padre piensa que cuando él muera, sus descendientes ya no se dedicarán a la agricultura.

Es muy común que los agricultores migrantes que viven regularmente en la ciudad, mantengan ciertos lazos con el campo. Oruño no es la excepción. Durante los años de su permanencia en la ciudad, iba a su comunidad para ayudar a sus padres los fines de semana. Así lo recuerda: “Como la tapicería era trabajo personal (independiente) a veces venía en cualquier momento. Digamos que había que colocar abono, alistar para la siembra, venía siempre que tenía tiempo. En la época correspondiente, sembraba un pedazo de tierra que me dieron”.

Además del vínculo económico está el organizativo. Todos los comunarios deben cumplir con los cargos que la organización de la comunidad les asigna, de lo contrario la propiedad de sus tierras corre riesgo. Mientras trabajó como tapicero, Oruño desempeñó algunos de los cargos que la comunicad

había encomendado a sus padres, según explica, porque ellos eran ancianos y ya no podían cumplir. “Mi papá podía caminar con su bastón, pero no es lo mismo. Había que cumplir las costumbres del cargo y los trabajos [comunales]. Entonces comencé a venir más constantemente a Taypuma. Cumplí los cargos que les tocaban a mis padres, como Junta Escolar, después fui agente cantonal. Yo tuve que asumir esos cargos en los años 2000. Al mismo tiempo atendía la tapicería”.

Estos hechos fueron abriendo el camino de un retorno parcial al área rural, lo que en las dinámicas de la relación campo ciudad es relativamente frecuente. El regreso se hizo inevitable signado por la muerte. Según explica Jovito, su madre falleció en 2006, su padre al siguiente año y su hijo Edgar, en 2008. Como consecuencia, asumió la responsabilidad por las tierras y las obligaciones emergentes. “Más vale, decía yo, terminar el cargo estando con tiempo. Cuando uno es mayor, ya no hay caso porque ya no es lo mismo atender los problemas: ya no escuchas bien, ya no ves bien, todo eso afecta. Por eso que ahora ejerzo este cargo que es Sullka Mallku. De vez en cuando sigo yendo a la ciudad. Me faltan dos meses para terminar el cargo”.

Cerca de su ancianidad, Oruño ha sido marcado por una cruel ironía de la vida, pues volvió solo al campo, tal como partió de su comunidad hace tres décadas. Su esposa y sus hijos ahora prefieren la vida en la ciudad, mientras él pasa más tiempo en Taypuma Centro, donde nació.

El tiempo se encargará del desenlace de esta historia de vida, que representa a una parte de los agricultores a medio tiempo del altiplano paceño. Entre tanto, una interrogante ocupa nuestra atención: si los hijos de Jovito Oruño ya no sucederán a su padre en la agricultura, ¿significa que esa familia campesina se extinguió y en consecuencia que el campesinado va muriendo poco a poco, cada vez que una familia de agricultores se convierte en una familia urbana?

Agradecimientos (grupos focales y entrevistas):

La Paz, El Alto dirigentes vecinales de FEJUVE:

- Benigno Siñani Poma, Presidente; Silverio Sequira Aruquipa, Vicepresidente; Carlos Alberto Rojas Chambilla, Secretario General;
- Luís Franz Castillo S., Secretario de Hacienda
- Juan Cancio Mamani Pinto, Ejecutivo del Distrito 2, Secretario de Medio Ambiente
- Victoria Velásquez Monzón, Ejecutiva de Distrito 14, Secretaria de Salud
- Susy Chino Tintaya, Ejecutiva de Distrito 8, Secretaria de Medio Ambiente

Chuquisaca, provincia Oropeza, municipio de Yotala:

- Ana Sánchez Vargas
- Salome Alvarado Valda
- Daniel Medrano Molina
- Gregorio Romero Urquizo

Norte de Potosí, provincia Chayanta, municipio de Ravelo:

- Bacilia Pacaja
- Gabriel Saigua
- Cresencia Casimiro
- Nieves Canaviri
- Teodora Choclo

La Paz, provincia Aroma, municipio de Patacamaya, comunidad Taypi Llanga:

- Mario Nina Flores
- Adela Nina de Nina
- Samuel Mamani Nina
- Eraclio Nina Silvestre
- Juan Silvestre, Norte Taypi Llanga

Historias de vida:

- Ricardo Huaranca Perca
- Jovito Oruño

BIBLIOGRAFÍA

- Albó, Xavier. «Censo 2012 en Bolivia: posibilidades y limitaciones con respecto a los pueblos indígenas.» *Tinkazos V. 15, N° 32*, 2012: 33-45.
- Albó, Xavier, Tomás Greaves, y Godofredo Sandoval. *Chukiyawu: la cara aymara de La Paz. I El paso a la ciudad. Cuadernos de Investigación N° 20, Tomo 1*. La Paz: CIPCA, 1981.
- . *Chukiyawu: la cara aymara de La Paz. II Una odisea: buscar “pega”*. Cuadernos de Investigación N° 22, Tomo 2. La Paz: CIPCA, 1982.
- . *Chukiyawu: la cara aymara de La Paz. III Cabalgando entre dos mundos*. Cuadernos de Investigación N° 24, Tomo 3. La Paz: CIPCA, 1983.
- Antequera, Nelson. «Itinerarios urbanos. Continuidades y rupturas urbano rurales.» En *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbano rural en Bolivia*, de Nelson Antequera y Cristina (editores) Cielo, 23-40. La Paz: PIEB, CIDES-UMSA, OXFAM, GAMLP, 2011.
- Barragán, Rossana (coordinadora), y otros. **Guía para la formulación y ejecución de proyectos de investigación** (4ª edición). La Paz: PIEB, 2011.
- Berdegú, Julio A., y Alexander Schejtman. *La desigualdad y la pobreza como desafíos para el desarrollo territorial rural. Documento de Trabajo N° 1*. Programa Dinámicas Territoriales Rurales. Santiago, Chile: Rimisp, 2008.
- Bernstein, Henry. *Dinámicas de clase y transformación agraria. Serie: Cambios Agrarios y Estudios del Campesinado N° 1*. La Paz: Fundación TIERRA (primera reimpresión), 2016.

- Calle, Guiomara. «Los ciudadanos son obligados a retornar a sus lugares de origen.» *La Razón*, 20 de noviembre de 2012: http://www.la-razon.com/index.php?url=/censo_2012/ciudadanos-obligados-retornar-lugares-origen_0_1727827243.html.
- Chang, Ha-Joon. «Rethinking public policy in agriculture: lessons from history, distant and recent.» *The Journal of Peasant Studies* Vol. 36, No. 3, July 2009, 2009: 477–515.
- Chayanov, Alexander. *Chayanov y la teoría de la economía campesina. México: Siglo XXI*, 1987 [1925].
- Cielo, Cristina, y Francisco Vásquez. «La multilocalidad urbano rural en Bolivia. Introducción.» En *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbana rural en Bolivia*. La Paz: PIEB, 2011.
- Colque, Gonzalo, Miguel Urioste, y José Luis Eyzaguirre. *Marginalización de la agricultura campesina e indígena. Dinámicas locales, seguridad y soberanía alimentaria*. La Paz, Bolivia: Fundación TIERRA, 2015.
- Colque, Gonzalo, y Floriana Soria Galvarro. *Inclusión en contextos de exclusión. Acceso de las mujeres campesinas e indígenas a la tierra*. La Paz, Bolivia: TIERRA, 2014.
- Damonte V., Gerardo. *Construyendo territorios. Narrativas territoriales aymaras contemporáneas*. Lima, Perú: GRADE, CLACSO, Fundación TIERRA, 2011.
- De Soto, Hernando. *El misterio del capital: Por qué el capitalismo triunfa en occidente y fracasa en el resto del mundo*. Lima: El Comercio, 2000.
- Deininger, Klaus, y Hans Binswanger. «The Evolution of the World Bank's Land Policy: Principles, Experience and Future Challenges.» *The World Bank Research Observer* 14 (2), 1999: 247-276.

- Fundación TIERRA. *Informe 2012: ¿Comer de nuestra tierra? Estudios de caso sobre tierra y producción de alimentos en Bolivia*. La Paz Bolivia: Fundación TIERRA, 2013.
- Fundempresa. *Estadísticas del Registro de Comercio de Bolivia. Municipio de El Alto*. La Paz, 2014.
- Galindo, Fernando. «En las puertas de la gran metrópoli. Desarrollo local y relaciones interculturales rural-urbana en Viacha.» En *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbano rural en Bolivia*, de Nelson Antequera y Cristina (editores) Cielo, 199-224. La Paz: PIEB, CIDES-UMSA, OXFAM, GAMLP, 2011.
- García Acua, Celín. «Los jóvenes que ni estudian ni trabajan, un fenómeno mundial.» *Pluralidad y consenso*. N° 20, agosto, 2012: 73-87.
- GeoBolivia*. 2015. <http://geo.gob.bo/>.
- Heredia, Luis Fernando (coordinador). *Desdibujando fronteras. Relaciones urbanas-rurales en Bolivia. Cuadernos de investigación N° 83*. La Paz: CIPCA, 2016.
- INE. *Resultados Censo Nacional de Población y Vivienda 2012*. 2012. <http://datos.censosbolivia.bo/binbol/RpWebEngine.exe/Portal?&BASE=CP-V2012COM> (último acceso: 6 de marzo de 2014).
- . «Primer Censo Agropecuario 2013.» *Censos Bolivia*. 2015. <http://censosbolivia.ine.gob.bo/censofichacna/>.
- Kay, Cristobal. «Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad?» *Revista Mexicana de Sociología* 71, N° 4 (octubre-diciembre) (2009): 607-645.
- Leyva Muñoz, Olivia. «El papel de las instituciones en la normalización de la economía informal.» *Estudios Políticos Núms. 10, 11, 12. Novena época, enero-diciembre*. (Centro de Estudios Políticos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM), 2007: 77-94.

- Lipietz, Alain. *Espejismos y milagros: problemas de la industrialización en el tercer mundo*. Bogotá: Tercer Mundo, 1992 [1985].
- Llambí I., Luis, y Edelmira Pérez C. «Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana.» *Cuadernos de Desarrollo Rural* 4 (59), 2007: 37-61.
- Madrid Lara, Emilio. «La tierra es de quien pasa cargos: La relación de los 'residentes' con su pueblo (Huayllamarca y Llanquera).» *Eco Andino* N° 6. Oruro: CEPA, 1998: 83-120.
- Mancilla, H.C.F. «Las teorías y sus implicaciones socio-políticas: el caso de la economía informal boliviana.» *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. s.f. <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/1181/1209>.
- MDRyT. «Mapa de zonas agro productivas 2012.» La Paz: Ministerio de Desarrollo Rural y Tierras, s.f.
- Mejillones, Susana (investigadora responsable), Wilfredo Plata, y Javier Velásquez. *El acceso de mujeres jóvenes a la tierra en el altiplano de Bolivia. Experiencias de participación de mujeres jóvenes en el saneamiento interno de tierras de las comunidades de Uricachi Grande y Pujsani en el departamento de La Paz, Bolivia*. La Paz - Lima: TIERRA, PROCASUR, FIDA ILC, 2015.
- Ministerio de Planificación del Desarrollo. *Lineamientos metodológicos para la formulación de Planes Territoriales de Desarrollo Integral para Vivir Bien (PTDI)*. La Paz: Ministerio de Planificación del Desarrollo, 2016.
- Ministerio de Planificación del Desarrollo. «Plan Nacional de Desarrollo - MAS.» La Paz, 2006.
- Pacheco, Diego, y Walter Valda. *La tierra en los valles de Bolivia. Apuntes para la toma de decisiones*. La Paz: Consorcio interinstitucional Fundación TIERRA, Fundación ACLO, CEDLA, CIPCA y QHANA, 2003.

- Pérez, Mariana. «El censo abre disputa por “migrantes” entre áreas urbanas y rurales.» *La Razón*, 2 de octubre de 2012: http://www.la-razon.com/sociedad/censo-disputa-migrantes-urbanas-rurales_0_1698430228.html.
- Pérez, Edelmira. «Hacia una nueva visión de lo rural.» En *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, de Norma (compiladora) Giarracca, 17-29. Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- Pizarro, Manuel, y Jorge Krekeler. *Evaluación Externa de impacto. Intervención institucional en la comunidad de Parajrani, periodo 2005-2010*. La Paz: Fundación Sartawi-Sayari, mayo 2011.
- PNUD. *Informe Nacional sobre Desarrollo Humano en Bolivia. El nuevo rostro de Bolivia*. Transformación social y metropolización. La Paz: PNUD, 2016.
- Reis, José, Pedro Hespanha, Artur Rosa Pires, y Rui Jacinto. «How ‘Rural’ is Agricultural Pluriactivity?» *Journal of Rural Studies*, Vol 6, N° 4, 1990: 395-399.
- Ruiz, Carmen Beatríz. *Creecer con el siglo. Historia de vida de Rómulo Ruiz Faría*. La Paz: Plural, Coordinadora de la mujer, 2006.
- Sandoval, Godofredo, Xavier Albó, y Tomás Greaves. *Chukiyawu: la cara aymara de La Paz. IV Nuevos lazos con el campo. Cuadernos de Investigación N° 29, Tomo 4*. La Paz: CIPCA, 1987.
- Schulte, Michael. *Llameros y caseros: la economía regional kallawayá*. La Paz: PIEB, 1999.
- Spedding, Alison, y David Llanos. “No hay Ley para la cosecha”: un estudio comparativo del sistema productivo y las relaciones sociales en Chari (provincia Bautista Saavedra) y Chulumani (provincia Sud Yungas). La Paz: PIEB / SINERGIA, 1999.

- Teubal, Miguel. «Globalización y nueva ruralidad en América Latina.» En *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, de Norma (compiladora) Giarracca, 45-65. Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- Urioste, M., R. Barragán, y G. Colque. *Los nietos de la reforma agraria. Tierra y comunidad en el altiplano de Bolivia*. La Paz, Bolivia: Fundación TIERRA, 2007.
- Zaap, Jorge. «MOJSA CAFÉ. Un intento productivo de concertación y transformación intercultural simbiótica.» En *Campesinado y globalización. Cuadernos de Futuro N° 11*, de Jorge Zapp, David Haquim y Jairo Escóbar, 13-86. La Paz: PNUD, 2000.
- Zoomers, Annelies (compiladora). *Estrategias Campesinas en el Surandino de Bolivia. Intervenciones y desarrollo rural en el norte de Chuquisaca y Potosí*. La Paz, Bolivia: KIT/CEDLA/CID, 1998.



www.foroandinoamazonico.org



Brot
für die Welt

ISBN: 978-99974-966-1-4



9 789997 496614